

LOS NEGRITOS

Y LAS TRIBUS MALAYAS IDÓLATRAS DE FILIPINAS.

Estudio escrito en alemán por el Doctor D. Carlos Semper, profesor extraordinario de la Universidad de Würzburgo, y traducción por D. Sebastian Vidal.

(CONTINUACION.)

Sin comercio importante, sin agricultura, son sus únicos medios de subsistencia la médula de las palmas, rica en fécula, las raíces de muchas aroideas que espontáneamente vegetan en sus bosques, los animales que cazan en el monte—venados, jabalíes, etc.—y los pescados del mar y de los ríos. En grupos de 6 á 8 familias pasan del fondo de los barrancos de la sierra, siguiendo los torrentes, á las costas, según que la estación sea propicia al desarrollo de las raíces alimenticias, ó á la pesca de alguno de los peces que más les gustan. Los utensilios necesarios para la caza y la pesca son sus únicas armas. Con flechas matan á los venados y jabalíes en el monte, como á sus enemigos los *ilungutes* (1). Con sus cuchillos de hierro, llamados *bolos*, que adquieren de los cristianos, se defienden valerosamente contra los ataques astutos de sus enemigos, superiores en número, pero inferiores en valor, y las mismas armas les sirven después para la pacífica tarea de desenterrar las raíces que han de constituir su comida en las siguientes semanas. Cuando en Abril y Mayo, bajo la influencia de un sol cenital y de copiosas lluvias, se despliega con todo vigor la vida animal apareciendo miríadas de mariposas y de otros insectos, que en las estaciones más frías ó más secas viven solo en pocos individuos, empieza para los negritos la época de abundantes y alegres cosechas. Vanse hombres y niños al interior de los montes, penetrando en los sitios más espesos en busca de los árboles, señalados ya antes por algún descubridor, y en cuyas copas un enjambre de salvajes abejas ha depositado la miel por ellos tan codiciada; entonces es ocasión de hallar las colmenas

(1) Los *ilungutes* ó *ilongotes*, como escriben los españoles, son tribus de origen malayo, que habitan la cordillera oriental entre Baler y Casiguran. Son, quizá, las tribus más bárbaras de la isla; están en continua pelea, lo mismo con los cristianos que con los negritos.

repletas, pues se acerca el momento en que, á favor del sol y la humedad, van á animarse las larvas de las abejas; pero antes de que llegue el instante, los negritos las ahuyentan con el humo de plantas venenosas, para apoderarse de sus panales. La miel gusta mucho á los negritos, quienes recogen la cera en panes prensados y poco limpios para cambiarlos por cuentas de vidrio, patates, arroz, y sobre todo por tabaco, que en cambio les dan los comerciantes cristianos. Pronto, sin embargo, se consume la miel y el arroz, y tienen que emprender de nuevo sus correrías de un sitio á otro, sin reposo ni descanso, á lo largo de las costas ó de los ríos, hasta que en el próximo año les anuncian las nubes de insectos que ha vuelto á llegar el mes de la miel.

Nos faltan datos históricos sobre las primeras inmigraciones de malayos, y tampoco se han conservado monumentos de los tiempos primitivos de su vida en el Archipiélago. El número de las tribus de esta raza no sometidas al cristianismo, independientes y entregadas á la idolatría, es aun considerable, comparado con los escasos restos de la raza negra (2). Como viven en masas bastante numerosas y relacionadas entre sí en algunas comarcas del Archipiélago, especialmente en el Este de Mindanao, y en el Norte de Luzon, puede dar el estudio de estos pueblos existentes una idea bastante aproximada y fiel del estado de civilización de las islas algunos siglos antes de su descubrimiento, ó sea cuando llegaron á ellas los primeros propagandistas musulmanes, que debieron penetrar desde el Sudoeste hacia el Norte y al Oriente, (*) toda vez que hallamos precisamente en la parte septentrional de Luzon y en la oriental de Mindanao las tribus que muestran en sus usos y costumbres haber sufrido menos la influencia mahometana.

(2) Mallat calcula el número de negritos en 25.000 (MALLAT, *les Philippines*, tomo II, pág. 94), cifra indudablemente exagerada. En la época de Legaspi (1570-1580) debieron ser muchos más que hoy, pues se citan como únicos pobladores de la isla de Negros, habiéndolos también en Cebú y Panay, donde tenían grandes aldeas contiguas á las habitadas por los malayos. Hace tiempo que han desaparecido de las dos últimas. Véase, Gaspar de San Agustín, pág. 95, y Chirino; *Relacion*, etc., pág. 24.

(*) No parece fundada la conjetura de Semper. Creemos existen datos históricos y razones para demostrar que la propaganda mahometana, anterior en medio siglo, cuando más, á la llegada de Legaspi á Luzon, no había cambiado notablemente el estado social de las tribus malayas en esta Isla y en Cebú, que era más adelantado que el actual de las tribus malayas no musulmanas del interior de Mindanao. (N. del Editor de la *Revista*.)

Dentro del tipo característico á todas estas tribus, comun y que se puede designar con el nombre de *malayo*, presentan dichos pueblos innumerables diferencias de lenguaje, costumbres, trajes, carácter especial y condiciones físicas, descubriéndose muchas veces claras señales de mezcla extranjera que en un caso hasta se designa con una palabra naturalizada y propia del idioma tagalo. Los *Mamanuas*, residentes en la costa oriental de Mindanao, llevan la misma vida que los negritos, de los cuales, sin embargo, se diferencian esencialmente por su roce y mezcla con malayos cristianos vecinos. El nombre *Mamanua* significa *hombre del bosque* (1). A primera vista se reconoce que la raza de los *balugas*, de la provincia de Pangasinan, es una mezcla de la negra y la tagala. La significacion de la misma palabra no es otra que la de *mestizo*, lo cual indica que esta raza existia ya ántes de la llegada de los españoles, habiendo empezado á formarse probablemente en los primeros tiempos de la inmigracion malaya. Finalmente, otros muchos pueblos paganos presentan claramente una mezcla de sangre china, sobre cuyo origen en algunos casos se encuentran ligeras indicaciones históricas.

Consideremos de un modo especial, para ilustrar este período malayo, ciertos pueblos del Norte de Luzon y de Mindanao, que he tenido ocasion de observar por mí mismo durante meses.

Si bien los *Irayas*, que habitan las laderas occidentales de la cordillera N. E. de Luzon, no léjos de Palanan, presentan en su físico los caracteres del tipo malayo, se descubren en ellos los vestigios de dos mezclas distintas. Sangre china corre indudablemente por las venas de una de las ramas, llamada de los *Catalanganes*, establecida en el brazo oriental del rio de Ilagan, conocido con el mismo nombre de Catalangan, de donde la tribu ha tomado el suyo.—Los *Irayas* propiamente tales, viven en las márgenes del Ilarón, en sociedad con los negritos de los alrededores, y en la mejor armonía. No es raro que se junten tambien con ellos los llamados *cristianos remontados*, habitantes de las tierras bajas, que huyen á las montañas de los *Irayas* para evitar el castigo de sus gefes.—Esta diversidad de mezclas se revela en sus usos y costumbres, así como en su carácter.—Los campos de los *Catalanganes*, á pesar de faltar búfalos y

aperos de labranza, están limpios de malas yerbas y de piedras, y el arroz, que vegeta allí con gran lozanía, les da abundantísimas cosechas.—Los *Irayas*, en el sentido concreto de este nombre, emplean ya los búfalos; pero los arrozales rinden cosechas mas escasas por falta de tan asiduos cuidados.—Las casas de los *Catalanganes* estan generalmente cubiertas con cañas y yerba, llamada *cogon*, formando altos y tupidos techados, mientras que los *Irayas* prefieren guarecerse bajo techumbres planas construidas más fácilmente, pero de menos abrigo, con bambúes partidos. Aquellos disponen alrededor de sus chozas sitios libres, donde erigen algun pequeño monumento á sus dioses tutelares, conservando la tierra limpia con el mayor esmero; estos dejan crecer libremente yerba y maleza, echando, como los tagalos de Manila, todas las inmundicias á través de las cañas que forman el piso de sus habitaciones. En traje y adornos apenas se diferencian ambos pueblos; pero así como los *Catalanganes* emplean para sus dibujos de tatuaje, lo mismo que para la ornamentacion de los sitios sagrados, exclusivamente caracteres de escritura, que me parecieron de origen chino ó japonés, usan los *Irayas* siempre tan solo combinaciones de líneas rectas ó curvas, muy sencillas, como las que se observan en los negritos.

En la excursion que hice en Junio de 1860 con 21 cristianos desde Palanan á la Cordillera, estuvimos en peligro de perecer hambrientos en medio de los *Catalanganes*, á pesar de tener repletos sus graneros de arroz y de maíz, pues siempre se negaron á suministrarnos las provisiones que les pediamos. Me vi obligado á conquistar con las armas en la mano los víveres que no querian darnos de buena gana, no pareciéndoles nunca bastante el precio que por ellos les ofrecíamos. La séria amenaza de imponerles sin demora una fuerte contribucion de guerra, hizo que en Minaga me cedieran bastante cantidad de arroz y de maíz para proveer á mi gente, que debia regresar desde allí á Palanan. Como mudo, pero significativo testimonio de su completa carencia de hospitalidad, me enseñaron mis guías, poco ántes de pisar el territorio de esos egoistas, en medio del bosque, un monton de piedras que habian ido echando los de Palanan, practicando una devota y antigua costumbre, en memoria de un cristiano muerto de hambre en aquel sitio. Durante su marcha por el país, los *Catalanganes* no habian querido

(1) Lo mismo expresa en malayo la voz *Orang-utan*.
N. del Tr.)

dar á aquel infeliz ni un solo grano de arroz, ni por dinero ni por súplicas.

Muy distintos se me presentaron los Irayas, que habitan pocas leguas mas allá. En todas partes hallé entre ellos la acogida mas cordial, haciéndome toda clase de regalos, organizando fiestas y prestándome gustosos ayuda para subir las montañas ó para remar en las canoas, tanto que les prometí volver en breve á visitarles, obligado por unas fuertes calenturas á dejar su país. Sensiblemente el plan de mis viajes no consintió la realizacion de este proyecto.

Las creencias de ambos pueblos, si bien presentan numerosas diferencias, tienen, sin embargo, en su esencia tanta semejanza, que, por los pocos vestigios reconocibles comunes á todas las demas tribus salvajes del país, se puede admitir con seguridad que son restos de una doctrina religiosa dominante en el período malayo anterior á la llegada de los mahometanos. Aparte de algunos pares de dioses, acerca de cuyas relaciones y atributos nada positivo pude averiguar, adoran particularmente las almas de sus antepasados, que con el nombre de *anitos* colocan entre los dioses inferiores. Son genios tutelares de la casa, verdaderos lares y penates. En un rincon del interior de la habitacion hay una especie de vasija, que en sí ninguna particularidad ofrece; pero que pronto se conoce es venerada por todos los miembros de la familia, quienes consideran aquel rincon con gran respeto. En la vasija tiene su estancia algun *anito*. El sitio debajo de la casa, que sirve de sepultura, está consagrado á otros *anitos*, como indican diferentes signos, así como la entrada junto á la puerta y la meseta de la escalera debajo del techado, las chozas donde trabajan los herreros y ante todo la plazoleta señalada con casitas en forma de altares, que hay delante de cada casa. Los *anitos* protegen también las cosechas, de las cuales se les ofrecen las primicias celebrándose fiestas en que toman parte grandes y chicos. Los dioses superiores, segun parece, son objeto de culto externo entre los Catalanganes, en un templo que sensiblemente no pude visitar á causa de mi enfermedad.

Así se nos presentan los Irayas como un pueblo más culto que los negritos por su religion, más adelantado por la veneracion que tributan á la memoria de sus antepasados, por el mayor esmero en el cultivo de sus campos, por su espíritu económico, y previsor de las necesidades futuras,

y por la mayor habilidad que demuestran en la construccion de sus casas y en sus adornos. Por lo mismo están ménos sujetos á una dependencia de la naturaleza. Para proteger contra las inundaciones sus arrozales y campos de tabaco han levantado diques, persiguen en los rios á los mayores peces, valiéndose de armas agudas, y con redes saben pescar, en determinadas épocas, grandes cantidades de los pequeños, los cuales una vez salados les sirven de alimento durante largos meses: teniendo provistos sus graneros pueden hacer frente á las carestías que originan la aparicion de plagas de langosta ó las malas cosechas, y en casi todos los actos de su vida se revela el dominio del señorío del hombre sobre el poder de la naturaleza. Están sujetos, empero, como sus vecinos los negritos, á la poderosa influencia de las estaciones, de los cambios de monzon, con sus alternativas de sequías y de aguaceros, y disponen segun el curso del sol las siembras y cosechas, y tambien las fiestas nacionales y religiosas.

En la parte occidental de la isla, en las sierras que se designan generalmente con el nombre de *país de igorotes* habitan tribus diferentes entre sí y diferentes tambien de los Irayas, en más de un concepto. Mientras éstos, en extremo pacíficos, pueden caracterizarse como aplicados agricultores, han defendido aquellos con bravura contra los españoles su amenazado suelo, y opuesto al proselitismo de los misioneros cristianos toda la tenacidad de la idolatría. Distritos enteros se han levantado en semejantes luchas durante los últimos decénios (1). Se quemaron aldeas expulsando á sus habitantes por haber sido en ella decapitado algun cristiano; se asolaron plantaciones de tabaco, midiendo centenares de hectáreas, por los soldados del Gobierno, á fin de evitar el contrabando; se destruyeron acueductos que conducian el agua de los torrentes á campos escalonados, y por todas partes se ven señales de la guerra sin piedad que hizo la llamada Comandancia de Igorotes. Las buenas relaciones entre el Gobierno español y estas tribus, desde que se han distribuido en gran número de provincias, y sobre todo, desde el establecimiento en Mancayan de una empresa minera—la Sociedad Cántabro Filipina—han mejorado con-

(1) Véase mi estudio en la *Revista Geográfica* tomo XIII, páginas 81-97 (*Zeitchrift fur die gesammte Erdkunde*), y el diario del Dr. G. Galvey, incluido en la obra de D. Sinibaldo de Mas *Informe sobre el estado de las islas Filipinas en 1842*, tomo I, artículo *Poblacion*, pág. 43 y siguientes.

siderablemente aumentando de un modo muy satisfactorio las transacciones mercantiles y la mútua confianza. Si bien son excelentes agricultores, superando á los Irayas en el cultivo de las tierras, su vida guerrera les imprime un carácter duro y poco simpático, aun cuando por lo común lo dulcifican algo la confianza y la franqueza. Nunca salen los hombres al campo sin ir armados de lanza, escudo y una ancha hacha, que les sirve lo mismo para hacer entalladuras en los troncos y subir á los árboles, que para cortar y clavar en ella las cabezas de sus enemigos. Hasta dentro de sus mismas casas deponen raras veces las armas. Al mismo tiempo, relativamente, son los más industrioses de los pueblos septentrionales. Ya de antiguo tienen fama de ser exelentes herreros y forjadores, y las citadas hachas, llamadas *aliguas*, encuentran buena salida aun fuera de su país. Saben hacer con notable habilidad cadenas de metal, y las pequeñas pipas de arcilla que fabrican son de una perfeccion rara. Tambien se encuentran pipas de cobre, generalmente representando un hombre en cucullas, que es la posicion nacional, hechas en Buguias, lugar célebre tiempo ha por sus fundiciones. Mucho ántes del período cristiano explotaron ya los igorrotos las ricas minas de cobre de los alrededores de Mancayan, de cuyo metal, obtenido por simple calcinacion, hacian calderos, famosos por su pureza. Con igual habilidad trabajan el oro, que benefician en parte de filones de cuarzo y en parte lavando arenas que lo acarrean en partículas; hacen pequeños adornos, y conocen tambien el modo de mezclarle la plata, que el comercio les proporciona. Lo que, sin embargo, los distingue de todas las tribus afines, tanto idólatras como cristianas, es su inventiva para construir lazos con que espantar los pájaros que van á comer el arroz de sus sementeras. Utilizan la fuerza del agua de los torrentes como motriz de diferentes aparatos, á cual más ingenioso, hechos de bambú y pedazos de trapo, imitando figuras humanas, etc. Como llegué allí despues de la recoleccion, sólo pude ver en movimiento uno de esos notables aparatos.

(Se concluirá.)

LA OCEANIA.

ART. I.

En las Islas de la Oceania mas inmediatas al Asia, se encuentran numerosos vestigios de relaciones, en la antigüedad mas remota, con las naciones que fueron cuna de la civilizacion. No hay motivo alguno, despues de conocidas las grandiosas ruinas que el viajero admira en el interior de la Isla de Java, y despues de admitir el origen *sanscrit* de muchas palabras de los idiomas malayos, para suponer que aquella no se extendiese por el oriente á la vez que caminaba al occidente. Las diferencias de resultados ó de la huella de una misma civilizacion, que se purificaba y perfeccionaba en el occidente, mientras en el oriente se enervaba y se corrompia, no se debe atribuir solo al clima, sino á que el oriente la recibia en su primitiva sencillez, sin las gradaciones que en ella introducian egipcios, persas, asirios, y despues, griegos y romanos.

Los fenicios hacian el comercio de especias y drogas, que compraban á los arabes, los cuales, como ahora, no las poseían en sus desiertos y las vendrian á buscar á la Malesia. Créese que el estaño, empleado en gran cantidad por los hebreos, procedia de Banca, isla del archipiélago de Sonda, porque no hay memoria de otras minas antiguas de este metal; autores respetables presentan la congetura de que con el nombre *Cassiterides*, derivado de *cassiteros* (estaño) designaban los griegos las Islas que forman el citado archipiélago de Sonda.

El Quersoneso del oro, en que se encuentra el monte Ofir, segun Tolomeo, no puede ser otra parte del mundo que Sumatra, en opinion de los geógrafos. En tiempo del mismo Tolomeo (106 años antes de J. C.) vino á China por mar una embajada romana, y ese viaje no se pudo hacer sin que tornase

á su país con noticias de la existencia de la Malesia.

Marco-Polo que visitó estas regiones en la edad-media, hace mencion en su relato publicado en 1298, de Islas innumerables situadas mas allá del Cathay (China) pobladas en su mayor parte y ricas en especias y en perfumes.

Si el relato de Marco-Polo inspiró á Colon el propósito de buscar el Cathay por el occidente, seguro como estaba de que el globo terrestre era una esfera, no es de estrañar que Magallanes, tambien sabio cosmógrafo de su tiempo, se inspirase en el mismo autor para buscar el paso occidental á las Islas de la especeria á donde venian los portugueses sus compatriotas por el Cabo de Buena Esperanza.

Este insigne navegante pasa con justicia por el descubridor de la Oceania, de cuya existencia la Europa carecia de ideas, aunque se sabia perfectamente por los portugueses que las Islas de la especeria estaban inmediatas al Asia, y de estas Islas solo se conocia una parte, considerada entonces anéxa al gran continente.

Es admirable la semejanza entre Colon y Magallanes, en carácter, en entusiasmo científico, en vicisitudes y en objetivo de sus concepciones. De la misma manera que Colon, Magallanes es desairado en la corte de Portugal, la primera nacion marítima de la época; como Colon, Magallanes busca por el occidente el Cathay, porque sabia que las Molucas se encontraban muy inmediatas al gran imperio del extremo Oriente. Posterior en sus viajes cerca de 40 años á Colon, Magallanes sabe que la América es un gran continente con extension N. S. casi conocida; sabe tambien la existencia del Pacífico, y se propone encontrar la comunicacion de ambos mares por el Sur, presumiendo mayores dificultades por el N. La Oceania es el mundo magallánico, como la América es el mundo de Colon. La consideracion de que solo dos siglos mas tarde recorrían el Pací-

fico marinos célebres, de otras naciones, basta á ponderar el mérito del famoso navegante luso-español en los primeros años del siglo XVI.

La conquista del Brasil habia dado motivo á cuestiones, de las cuales hicieron árbitro al Sumo Pontífice los gobiernos de Lisboa y de Madrid. Para ponerlas término, decidió Alejandro VI que una linea trazada en el mapa sirviera de linde á las conquistas de ambas naciones ibéricas, á las cuales parecia estrecho el mundo en aquel tiempo. Magallanes, mal atendido en su patria, se presenta en la corte de España, acompañado de otro cosmógrafo, Ruiz de Talero, ventajosamente conocido entonces en ambos reinos; ofrece sus servicios al gobierno español, al cual manifiesta las razones por las cuales cree fuera de la demarcacion de Portugal las Islas de la especeria; y como tambien se habia declarado esclusiva de Portugal la navegacion por el Cabo de Buena Esperanza, ofrece conducir una escuadra por el Oeste á dichas Islas.

Aceptadas las proposiciones, apesar de las intrigas del embajador de Portugal Alvaro de Costa, y despues de dispensar varias mercedes á ese intrépido navegante, se acordaron en Zaragoza las condiciones de esta empresa, decididamente protegida por el que llamaremos primer ministro de Ultramar, D. Rodrigo de Fonseca, Obispo de Burgos, del cual no dejaron el mejor recuerdo los cronistas contemporáneos de Hernan Cortés. Magallanes, despues de haber preparado una escuadra compuesta de los buques *Trinidad*, *Santiago*, *San Antonio*, *Concepcion* y *Victoria*, de la cual fué maestré el célebre Sebastian del Cano, dió la vela en Sanlúcar de Barrameda el 10 de Agosto de 1519. El porte de estas embarcaciones era de 80 á 130 toneladas cada una, conduciendo á su bordo 254 hombres para su manejo y defensa. Eran, pues, las naves empleadas en tan gigante empresa,

de la magnitud de las mas pequeñas goletas del actual cabotaje filipino.

Venciendo obstáculos extraordinarios salió Magallanes á la mar del Sur el 27 de Noviembre de 1520 por el estrecho que inmortaliza su nombre. Reducida su escuadra á tres naves y surcando un piélago desconocido, con la valentia peculiar á los navegantes de su siglo, descubrió el 16 de Marzo de 1521 las islas Marianas, y pocos dias despues la costa oriental de la isla de Mindanao, la que costeó, y doblando la punta Bilaá fondeó en la isla de Simasagua, donde fué bien recibido por sus habitantes y en cuya playa dispuso oyera misa su gente, que fué la primera que se celebró en Filipinas.

Pasando despues por entre las islas de Bojol y Leite, se dirigió á la de Cebú donde salieron á defender la entrada multitud de hombres armados de lanzas y rodela; pero consiguió entablar relaciones amistosas con ellos. Hizo construir en tierra una pequeña casa donde pudiera con mayor decencia celebrarse la misa, y desembarcó para oirla con sus marineros y soldados. Los régulos y príncipes de Cebú acudieron por curiosidad á presenciar lo que los cristianos hacian, y edificados de este acto, pidieron y obtuvieron el bautismo, cuyo ejemplo siguieron los mas distinguidos vecinos del pueblo. Recibió Magllanes juramento de obediencia y vasallaje al rey de España, que prestaron estas gentes con demostraciones de rendimiento, y por satisfacer agravios de su nuevo aliado, murió peleando en Mactan en 26 de Abril de 1521.

Duarte de Barbosa reemplazó á su primo Magallanes en el mando. Ofrecióle el rey de Cebú un convite, que aceptó con ligereza, al cual asistió con 26 expedicionarios, y durante el festin fueron asesinados de improviso todos los convidados. Sabido esto por los expedicionarios que se mantenian á bordo, y recelando una nueva traicion, convinieron

en quemar la nave *Concepcion* que no podia continuar el viaje por su mal estado y por falta de gente para tripularla, y despues de nombrar por general á Juan Carballo, se hicieron á la vela dirigiendo su rumbo á las Molucas. Despues de varias vicisitudes y desgracias, tan sólo regresó á España por el Cabo de Buena-Esperanza la nave *Victoria*, capitaneada por Juan Sebastian del Cano, natural de Vizcaya, que entró en Sanlúcar en 20 de Setiembre de 1522. Este navegante fué el primero que dió la vuelta al mundo, y en glorioso recuerdo le fué concedido por blason un globo con este lema: «*Primus circumdedisti me.*»

Hasta el año 1524 no tuvo efecto la segunda expedicion á Filipinas, que se preparó en la Coruña al mando de Frei García Jofre de Loaisa, compuesta de siete naves, entre ellas la denominada *Espíritu-Santo*, cuyo capitan era Juan Sebastian del Cano. El 25 de Mayo de 1525 salió la escuadra á la mar del Sur por el estrecho de Magallanes; á fines de Julio del mismo año por muerte del general Loaisa tomó el mando Juan Sebastian del Cano, el cual falleció tambien cuatro dias despues. Sucedióle Toribio Alonso de Salazar, que descubrió la isla de San Bortolomé y tocó en las Marianas. A los seis dias de la salida de dichas islas falleció Salazar y fué elegido general Martin Iñiguez; el 2 de Octubre avistó la escuadra á Mindanao, y obligada de los vientos se dirigió á Molucas, donde suscitadas varias contiendas con los portugueses, concluyó por desgraciarse del todo la expedicion á excepcion de la más pequeña de las embarcaciones, que despues de inmensos trabajos arribó á Nueva España. ¡Cuanta ilustre victima iba ya sacrificada en aras de la ciencia y de la civilizacion cristiana, interesadas en esta empresa!

Hernan-Cortés, ilustre conquistador y gobernador del reino de Méjico, en cum-

plimiento de órdenes que habia recibido de la corte para descubrir las islas de la especería, encargó á Alvaro de Saavedra el mando de tres naves nombradas *La Florida*, *Santiago* y el *Espiritu-Santo*, las cuales armadas de 30 cañones y tripuladas con 110 hombres, zarparon del puerto de Silgualtanejo el 31 de Octubre de 1528. Pasó por las islas de los Ladrones (las Marianas) de las que tomó posesion en nombre del rey de España, y tocando en la de Mindanao y otras de las Visayas, prosiguió á la de Tidor. Aquí halló en un puertecillo á 120 españoles, resto de la expedicion de Loaisa, que le recibieron como á su salvador. Dos veces dieron la vela para regresar á Nueva España, y ambas se vieron forzados á arribar. Los trabajos y el clima privaron de la vida á Saavedra y á otros muchos, y los pocos que quedaron se entregaron á los portugueses.

El virey de Nueva España D. Antonio de Mendoza, ordenó una cuarta expedicion con el objeto de abrir y franquear la navegacion á las islas del Poniente, descubrimiento que la corte le recomendaba, pero con prohibicion de ir á Molucas. Se aprestaron dos naos, una galera y dos pataches en el puerto de Juan Gallego, de donde dieron la vela el 1.º de Noviembre de 1542, al mando de Ruy Lopez de Villalobos. Llegó con felicidad á las Filipinas, así llamadas por el mismo Villalobos en memoria del principe de Asturias, después Felipe II. Los vientos y la escasez de bastimentos le obligaron á dirigirse al Archipiélago Moluco contra las órdenes que expresamente se lo prohibian. Le recibieron muy mal los portugueses, por lo que se vió obligado á dar la vela para España. Murió Villalobos en Amboina y con su muerte se desgració la armada. Los pocos españoles que quedaron se embarcaron en diversos buques portugueses.

Reinado Felipe II se encomendó al

virey de Méjico D. Luis de Velasco, la conquista, pacificacion y poblacion de las islas del Poniente nombradas Filipinas por Villalobos. Se preparó en consecuencia la quinta expedicion, en la que prevenia S. M. se emplease al hábil cosmógrafo y religioso agustino Fray Andrés Urdaneta, que habia navegado de capitán en la malograda armada de Loaisa. (*) Se dispusieron cinco buques de diferentes portes que, bien provistos y tripulados por 400 marineros y soldados, salieron del puerto de la Natividad en 21 de Noviembre de 1564, al mando de Miguel Lopez de Legaspi, revestido de los títulos de gobernador y adelantado de las tierras que conquistára, y autorizado con los mas amplios poderes. El 9 de Enero de 1565 descubrió una isla que denominó de los Barbudos; el 22 arribó á las Marianas; el 13 de Febrero descubrió y fondeó en la isla de Tandaya del archipiélago Filipino; siguió á la isla de Leyte, de donde pasó á la de Limasana, y de allí á la de Camiguin, en la cual fondeó el 11 de Marzo, y el 13 en la de Bohol. Recibido de paz en esta, pasó á la de Cebú, donde los naturales y su régulo Tupas, se pusieron á sus órdenes, y él entonces fundó poblacion con ayuntamiento elegido entre sus subordinados, á usanza de aquel tiempo.

Durante estas espediciones y las posteriores inmediatas con objeto de ensanchar la accion militar y religiosa cuyo centro era Manila, fueron descubiertos muchas islas en el Pacífico, cuyas noticias circulaban en Europa estimulando mas tarde á nuevos descubrimientos.

(*) Las instrucciones para esta espedicion se dieron en pliego cerrado, que solo á cierta distancia de la costa podia ser abierto. Nadie sabía, al embarcarse, á donde se dirigia la espedicion. El mismo P. Urdaneta estaba en la creencia de que iba á Nueva Guinea, que él habia designado á la corte como punto excelente para un nuevo establecimiento colonial. A este asunto dedicaremos mas adelante un ligero examen de curiosos apuntes que hemos podido recoger, aumentando su interés de actualidad la resolucion de un gobierno europeo, en este mismo año, de fundar un establecimiento en Nueva Guinea. N. del E.

ESTADÍSTICA
MILITAR, CIVIL Y ECLESIASTICA DE FILIPINAS
EN 1739.

(Continuacion.)

La Gente de Guerra, que sirve en dicho Real Campo de Manila, se compone de nueve Compañías de Infantería Española. Primera del Capitan general: Segunda del Maestro de Campo: Tercera del Sargento mayor; y seis Capitanes, que nombra este Gobierno. En cada una su Alférez, Sargento, plazas menores de Page, Abanderado, Pifano, y Atambor, y en todas seiscientos setenta y cinco Soldados. Así mismo un Capitan y trece Alabarderos, Guardia de la persona del Gobernador Capitan general. Dos Ayudantes de sueldo y siete Supernumerarios. Un Teniente general de la Artillería, con su condestable y treinta y seis Artilleros. Un Ingeniero militar, y un Intendente de obras Reales. Los Maestros y oficiales correspondientes, para la Fundicion de Artillería, manejo de Herrerías, y Fábrica de Pólvora. Y para que sirvan de operarios en dichas oficinas, una Compañía de Infantería Pampanga, con su Capitan, Alférez, Sargento, Abanderado y docientas cuarenta y tres Plazas: ó mas ó menos segun ocurrencias.

Los sueldos y raciones de dicha Gente de Guerra se pagan por Mesadas, escepto el Capitan general, que recibe por Tercios, y al respeto de 8 pesos de 450 maravedís de plata á el año, y lo que cada uno percibe, se distingue en esta manera.

OFICIALES.

El Maestro de Campo.	137 ps	6 ts.	n.º
El Sargento mayor.	30 »	0 »	»
Los seis Capitanes á	15 »	0 »	»
El Capitan de la Guardia.	24 »	0 »	»
El Teniente general de la Artillería.	25 »	0 »	»
El Ingeniero Militar.	25 »	0 »	»
El Ayudante de obras.	20 »	0 »	»
Dos Ayudantes de sueldo á	8 »	0 »	»
Los siete Supernumerarios á	6 »	0 »	»
Los Alférez á	4 »	0 »	»
Los Sargentos á	3 »	0 »	»
El Candestable de la Artillería.	8 »	0 »	»
El Capitan Pampango.	4 »	4 »	»
Su Alférez y su Sargento, á	2 »	4 »	»

SOLDADOS.

Los Soldados Españoles.	2 ps.
Los Alabarderos, á	3 »
Los Artilleros á	3 »
El tambor mayor.	3 »
Los Pages, Abanderados un pifano y demas atambores á	2 »
Los Soldados Pampangos á un peso, y dos tom.s, y algunas de ellos aventajados.	1 ps. 2 ts.
Un Abanderado Pampango con	ps. 6 ts.

A todos los referidos se da respectiva racion de arroz, excepto el Capitan de la Guardia, Ingeniero y Cabo de obras, en que se consumen 7,454¹/₂ fanegas de arroz al año, y 34,139 ps. 3 tom. anualmente en los Sueldos. Estos se satisfacen de la Real Caja de Manila, que habiendo de cubrir las demás cargas consignadas al Cuerpo de la Real Hacienda, se reconoce no corresponden para su reporte los fondos, como se hará manifiesto en su propio lugar.

CASTILLO DE SANTIAGO.

Consta su Recinto de 2,030 piés: su figura casi triangular: su Fortificacion, por la parte meridional, que mira á la Ciudad, es una cortina con terraplen, flanqueada de dos semibaluartes: tiene falsabraga y un Foso, que se comunica al Rio y por la parte Septentrional hácia la entrada de este, en lugar de baluarte, se eleva un Caballero con tres caras, ó Baterías que miran la una al Mar, incluso el surgidero, la otra á dicha entrada y la última al mismo Rio. Esta se une con un Torreón del Nivel de las Murallas, por el cual se baja á una plataforma semicircular, ó batería á la alumbre del Agua con que queda este Castillo en la figura triangular dicha. Por cuyos lados tiene la necesaria comunicacion, con la Ciudad, por su Puerta principal, que mira á ella; con el Rio, y con la Playa, ó Marina, por una Poterna, que franquea paso á ella. Todo lo referido se comprenderá mejor, ocurriendo al Plano propio; donde se hallarán tambien colocados por su orden los cuerpos de guardia, aloxamiento de las tropas, que le guarnecen, y la vivienda del castellano y sus subalternos; no habiendo dado lugar lo reducido del Plano á delinear con distincion otras cosas, como son la Capilla, Almacenes diversos, y entre ellos el de pólvora, á prueba de bomba, calazos, algibes etc.

ARTILLERIA MONTADA Y DESMONTADA, CON LO NECESARIO A SU MANEJO.

Cañones de Bronce.

Cañones de Fierro.

4 . . . Calib.	2.	1 . . . Calib.	3.
2 . . . de . . .	4.	1 . . . de . . .	4.
1 . . . de . . .	6.	1 . . . de . . .	5.
3 . . . de . . .	8.	1 . . . de . . .	6.
1 . . . de . . .	10.	2 . . . de . . .	16.
3 . . . de . . .	16.	2 . . . de . . .	25.
8 . . . de . . .	18.	4 . . . de . . .	32.
3 . . . de . . .	20.		
4 . . . de . . .	25.		

29 . de . Bronce . .

12 . de . Fierro . .

PERTRECHOS DE RESPETO.

- 1,534 Balas de fierro del respeto de dicha Artill.^a
- 1 Mortero de bronce de 300 libras de Bala.
- 95 Mosquetes.
- 85 Arcabuzes de mecha.
- 3,414 Balas correspondientes.
- 161 Granadas.
- 80 Palanquetas.
- 80 Linternas, artificio de fuego y piedra.
- 148 Chafarotes, Chuzos, Mojarras, Picas, Lanzas y Horquillas.
- 200 Arrovas de pólvora de dotacion.

La gente de guerra de la dotacion de dicho Castillo se compone de una Compañía de Infantería Española, que comanda el Castellano, Provisto por S. M. con un Teniente, un Ayudante de órdenes, Alférez, Sargento y cinco Plazas menores de Paje, Abanderado, Pifáno, dos Atambores, sesenta Plazas de Soldados, un condestable de Artillería, y doce Artilleros. Tiene tambien, para operarios de las oficinas, Soldados Pampangos en una Compañía de Infantería, con su Capitan, Alférez, Sargento, tres Plazas menores de Abanderado, Pifáno, y Atambor, y noventa Plazas de Soldados, los tres aventajados.

Los sueldos, y raciones de dicha gente de guerra se pagan por Mesadas, en la forma que se demuestra en la siguiente Tarifa.

OFICIALES.

El Castellano en	66 ps. 5 ts. n.º
El Teniente.	15 » 0 » »
El Ayudante.	5 » 6 » »
El Alférez.	4 » 0 » »
El Sargento.	3 » 0 » »
El Condestable de la Artillería.	4 » 0 » »
El Capitan Pampango.	6 » 0 » »
El Alférez y el Sargento á	2 » 4 « »

SOLDADOS.

Los sesenta Soldados Españoles, á	2 ps.
Los doce Artilleros á	2 »
Paje Avanderado, Pifáno y atambores á	2 «
Los Soldados Pampangos y plazas menores á	1 ps. 2 ts.

Importan á el año estos sueldos 4,595 ps. en reales. Y el arroz con que á todos se raciona 1,219 1/2 fanegas. Todo lo cual se satisface de la Real casa y Almacenes de Manila; sobre que se hallará la cabal expresion al fin.

DESCRIPCION DE CAVITE.

A la vista de Manila, y á Sur sudueste, á distancia de tres leguas por el Mar de la Bahía, y de seis cortas por tierra, á los 14 Grados, 31 Minutos de Latitud Septentrional y 158 Grados 38 Minutos de Longitud Orien-

tal, está el Puerto de Cavite, que se forma de una Lengua de Tierra encorbada de Leste á Oeste de 5,100 piés de largo y 1,200 de ancho. Surgidero ordinario de las Naos de S. M., y de particulares; como tambien los Pataches del comercio de varias naciones Orientales, que vienen al tráfico de este anualmente por sus tiempos regulares.

Consta su Poblacion de la gente de guerra, que presidia su Castillo, y demás puestos; de la de Marina, que sirve en los Bageles de la carrera, y otras distintas embarcaciones de Real cuenta; y de la que compone la Maestranza, para aderezos, y Fábricas siendo (entre tantos) los vecinos de mas consideracion, Pilotos Contra-Maestres, y otros oficiales de Naos, y Rivera. Quien gobierna el todo Político, Militar y Económico es un Castellano, y justicia mayor, sin mas dependencia, que la del Capitan general.

Su principal Fortificacion consiste en la Fuerza de San Felipe, de figura cuadrilatera irregular, situada hácia la punta de la Rivera, y á distancia de ella como de 1,100 piés; con cuatro baluartes, con orejones, á lo antiguo, cuya cortina Occidental, en donde esta su puerta, tiene Falsabraga; y la Meridional, á orillas de la Rivera, una batería rasa de veinte cañones montados; omitiendo semejante expresion acerca de las dos restantes cortinas, por no hallarse en ellas cosa, que mueva á la atencion. El recinto es de 1,410 piés, en que están con debido orden colocados el alojamiento competente para las tropas de su dotacion, sala de Armas, Almacen de Pólvora, Algibe, y demás oficinas correspondiente al servicio.

Por la parte Occidental, que linda con el pueblo de S. Roque, fortifica así mismo á este Puerto una cortina de 540 piés, que con dos torreones, que la flanquean, abraza todo el ancho de la lengua de Tierra; y con un Foso revestido, deja á Cavite casi aislado; que fuera factible el serlo del todo con la union de los dos Mares, con experiencia de fatales resultas, á no interponerse la doblada fortaleza de una contraescarpa. Tiene esta cortina, á regular distancia, para encubrir su Puerta, una Media Estrella con la suya que es la que llaman Puerta Vaga; y ambas franquean para el dicho pueblo y Manila el único paso de tierra que en este Puerto se halla.

A esta fortificacion se une otra de no menor importancia, cuya necesidad conocieron los escarmientos, y la experiencia deliberó la traza de su estructura. Pues habiéndose advertido, en menos de cincuenta años, los re-

petidos estragos, que causó en este Puerto, por la parte Septentrional, la violencia del Mar con el ímpetu de los Nortes, lo cual evidenciaba la total futura ruina; se determinó por el Superior Gobierno, se hiciese un Reparó estable, con que se ocurriese á tanto temido daño. Púsolo en execucion el Ingeniero de aquel tiempo, fabricando en el agua un atajo de cal y canto de grosor proporcionado á tales ímpetus y anibelado á las mas altas Mareas, sobre fundamentos de Pilotage y Vigas; corriéndola fábrica desde la puerta de la Rivera, por la parte que peligraba, hasta darse la mano con el Torreón Septentrional de la cortina del Párrafo antecedente que es toda la Longitud de Cavite. Sobre este Reparó elevó un Parapeto con su Banqueta, en que se formaron los Baluartes, Semi-Baluartes, Flancos y Cortinas, segun dió lugar esta Línea, y en el Plano de Cavite se demuestran, pero todo á la alumbra de la agua. Para su mayor permanencia se mandó hechar por fuera, al pié del Pilotage, cantidad de Arrezifes, que teniendo el cuidado de multiplicarlos siempre, se ha hecho el beneficio visible.

Las armas, y Pertrechos, para la manutencion de estas fuerzas, son los que aqui se explican.

ARTILLERIA MONTADA Y DESMONTADA DEL PUERTO DE CAVITE, CON TODO LO NECESARIO Á SU MANEJO.

Cañones de Bronce.		Cañones de Fierro.	
10	Calib. 1.	6	Calib. 1.
4	de 2.	43	de 2.
1	de 3.	9	de 3.
1	de 4.	21	de 4.
2	de 6.	46	de 6.
26	de 8.	25	de 8.
4	de 10.	35	de 10.
15	de 12.	15	de 12.
4	de 14.	8	de 14.
1	de 16.	1	de 16.
19	de 18.	41	de 18.
10	de 25.	1	de 20.
7	de 30.		
2	de 35.		
2	de 40.		
1	Mortero de 300 lib.s		
109	de . Bronce. . .	251	de . Fierro. . .

PERTRECHOS DE RESPETO INDEPENDIENTES DE LOS QUE TIENEN ACTUAL SERVICIO.

- 2 Esmeriles de Bronce de Calibre 8 onzas.
- 4 Cañoncillos de Fierro del mismo Calib.
- 101 Pedreros con 216 Camarás y cuñas de fierro.
- 16,905 Balas de fierro de el respeto de dicha Artill.^a
- 207 Palanquetas de fierro punta Diamante.
- 65 Piés de Cabras de fierro.
- 22 Angelotes de fierro.
- 190 Granadas de fierro.
- 142 Mosquetes.
- 221 Arcabuçes de mecha.

- 16 Fusiles algunos con Bayonetas.
- 9 Pistolas.
- 1 Trabuco.
- 6.772 Balas correspondientes las 2.910 de fierro, 62 enramadas y las restantes de plomo.
- 480 Armas de mano en Chafarotes, Espadines, Machetes, Lanzas, Picas, Alabardas, Partesanas, Mediaslunas Chuzos, Languinatas y Espontones.
- 400 Arrores de Pólvara de Dotacion.

(Se Continuará)

FILIPINAS.

SU RELIGION PRIMITIVA.

1564.

(Continuacion.)

Cuando una de estas funciones debia tener lugar, se levantaba un encañado: las flores del campo, el ramaje y las luces le prestaban su poético encanto: una luz mayor y ocupando el lugar preferente, era digámoslo así, el foco de las ceremonias. Habia en un templo tal algo de puro, de espiritual y de fantástico, que venia luego á manchar lo material y grosero de los sacrificios. No estaba la Divinidad representada por esos monstruos de enormes cabezas, ni por esos dragones de retorcida cola: aquí se seguia una especie de iconoclasticismo embellecido por la luz, esa imagen material de la inteligencia, porque al influjo de la luz, todo toma formas, todo se anima, todo se desarrolla, todo se hermosea, todo prorrumpe en torrentes de armonía, porque la luz lleva en si, el espíritu de todas las alegrías, y es el emblema de todas las esperanzas.

Formando contraste con tanta pureza, con tanta sencillez, venía la víctima, que era casi siempre un animal de cerda de gran tamaño: metiale la cuchilla la jóven mas gallarda de la concurrencia, escogida por la sacerdotisa: hecho trozos, mezclado con otros manjares, y alegrado el corazon con bebidas espirituosas, se consumaba el sacrificio en medio de una

alegría, un entusiasmo, unos visajes y unos bailes que contrastaban con el respeto que manifestaban hácia la carne de la víctima.

Filipinas poseía también sus Sibilas, paródia ridícula de las que ha hecho célebres la antigüedad en pueblos más adelantados: eran consultadas en caso de enfermedad y con respuestas equívocas sostenían, no la credulidad, sino más bien la costumbre, digámoslo en honor á los indígenas que veían en aquellas embandoradas, gentes aficionadas á vivir del sudor del prójimo.

Cuando la suerte de un enfermo, se quería oír de los lábios de aquellas sombras de Pitonisas, era preciso construir entre todo el pueblo una nueva casa, trasladar á ella el paciente y sacrificar en su presencia un esclavo ó un cerdo, frotarle con la sangre de este, y abrir la víctima, para leer en sus entrañas los desiguos secretos é impenetrables del Ser supremo. ¡Pobre razón humana, á lo que conduces! Si el augurio era favorable, se recibía con grandes festejos y alegrías; si adverso, se publicaba con frases equívocas y cortadas; y aquella muger que había arrancado el misterio guardado en el vientre de un esclavo, en medio de visajes horribles y entre verdaderos ó fingidos esputos de sangre, cambiaba por completo de aspecto y consolaba á los allegados del enfermo diciéndoles que el Creador había querido que su pariente descansara y que le había señalado ya un puesto entre los espíritus en el Paraíso, al cual se asciende según la encantadora fábula soñada por su imaginación ardiente, por medio del arco iris, del signo de la alianza de un Dios con un pueblo.

La apoteosis, esa costumbre mitológica en todos aquellos pueblos de la antigüedad que se arrodillaban ante los Dioses del Olimpo, estaba aquí reservada á los que tenían una muerte trágica, como el que espiraba herido de un rayo ó entre las garras fieras de un *caiman*. Se creía

como un consuelo ideado por el instinto, que el que tenía la desgracia de morir de tal modo, era trasladado al paraíso de que antes hallé.

Los amuletos, los talismanes, las yerbas amatorias, abundaban entre los indígenas, y entre las últimas había algunas que, si no servían para su objeto, arrebatában la razón á quien las probada, produciendo efectos desastrosos, causados á no dudarlo por el veneno que llevaban. De los primeros alguno ha quedado, y lo que es más, no es raro encontrar en las causas por robo en cuadrilla, unido á las diligencias, algún diminuto librito, con apotegmas latinos, que denota que las supercherías europeas vinieron á sustituir á las salvajes de los aborígenes; que en todas partes el gran fondo de credulidad de los hombres, cuando no lo llenan verdaderas creencias religiosas, lo han de llenar las más ridículas abusiones: así vemos que aun en las clases ilustradas, cuando el espíritu maléfico de las sectas libre—pensadoras, arroja de ellas el sentimiento religioso, vino inmediatamente á sustituirlo el extravagante espiritismo.

II.

La fantasía indígena, es la fantasía creadora de todos los pueblos del Oriente, por eso el indio se impresiona siempre que la lechuza ó la lagartija cantan, siempre que el ratón chilla ó el perro ahulla, cual si estos seres fueran los mensajeros de tristes destinos. Por eso el indio se entristece cuando oye el *tic-tic*, el pájaro del mal aguero, ó cuando encuentra una serpiente en una casa ó en una embarcación nueva, ó cuando una mariposa negra penetra en su vivienda, porque las cree el preságio de los sucesos funestos.

Esa misma fantasía puebla los bosques de seres maravillosos que traen á la memoria las leyendas del Rihin, las consejas alemanas: creían los indios que las

selvas estaban habitadas por seres sobrenaturales que tomando formas diversas atraen á los hombres á sus solitarias viviendas y forman con ellos pactos horribles: y es que la imaginacion, excitada por el murmullo del vecino riachuelo, el susurro de las hojas agitadas por la brisa, la soledad del sitio, la inmensidad del espacio, el eco lejano del canto de una pastora, nos hace creer trasladados á un mundo de hadas, de sátiros, de ninfas y de génios, y el espíritu se apoca, el miedo nos sobrecoge y la razon vacila.

Por eso el indio temía al *tigbalan*, especie de duende de las selvas, y el visaya al *divata*, genio del mal ó Arimano indigena, misterioso habitante de las frondosas soledades, Proteo asiático que tomaba formas de viejo, de caballo, de mono ó de monstruos terribles.

Pero entremos ya en cuestiones mas serias, mas trascendentales.

Los indios de Filipinas guardaban un respeto profundo á la memoria de sus antepasados, recordando esta práctica, hasta cierto punto respetabilísima, la de los hijos del que sin duda por antonomasia se llama Celeste Imperio. No sería extraño que quien les daba la seda, los colores y sus salvages adornos, les hubiera traído esa costumbre, por mas que tambien ha podido venir en el Kigero esquife que fué poblando las multiples islas del Pacífico; sin que sean necesarias grandes amonestaciones para despertar un sentimiento que existe ya en el corazon del hombre, grabado por el Divino Autor de la naturaleza; y ellos exagerando ese sentimiento lo habían llevado hasta una especie de adoracion.

Otro de los dogmas de la teogonia india es el de la inmortalidad del alma: ese dogma consolador del Catolicismo, ese dogma que el frio escepticismo de nuestra época ha pretendido en vano matar con su aliento agostador, y en vano he dicho, porque ante esa idea se rebela

poderosa, avasalladora, la conciencia por que se hiere lo que podemos llamar el instinto de conservacion del alma. Esta se levanta ante semejante idea, potente irresistible y nos dice: «No; hay un mas allá que es mi patria; hay un mas allá «donde encontraré la felicidad perfecta, «el bien sumo que es la aspiracion «que llena toda mi vida, que es una «aspiracion legitima por que trae su «origen de Dios, como lo prueba el «estar inspirada á todos los hombres; hay «un mas allá donde el triunfo no es el «premio de la traicion, donde los honores no son la recompensa de la adulacion, donde las riquezas no son el galardón de los fraudes, de las violencias, de las injusticias, donde el bueno «no está condenado á las calumnias, á «las tribulaciones, á las injurias, á los dolores, á la persecucion: nó; en la tumba, «de las cenizas de tanta miseria como allí «concluye, renazco yo como el fenix, diciendo siempre «adelante!»

«Que lo que llaman morir
«Es pasar á otro existir.»

Cuando yo estudio la influencia de ese dogma de la inmortalidad del alma me siento impulsado á asentar que á esa creencia debieron los indios su facil é incruenta conversion; porque el hombre que cree en la vida del espíritu, en un Paraiso que es la recompensa de la virtud, necesariamente busca la verdad, ambiciona el bien y desea identificarse con ellos, porque el deseo de una felicidad eterna despues de la peregrinacion en la tierra, es un deseo que lo avasalla todo, que se sobrepone á todo, que si es el pensamiento de toda la vida, se hace mas intenso, mas irresistible en los últimos momento de la existencia.

(Concluirá.)

PEDRO DE GOVANTES Y DE AZCARRAGA.

D. JOSÉ MARÍA PEÑARANDA.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

Tristeza y desaliento produce la consideracion de la rapidéz con que en este país se borran los huellas de los acontecimientos y de los hombres. ¿Quién recuerda ya, á no ser algun anciano rezagado en el torbellino que aquí va cambiando todos los círculos sociales y todos los intereses, aun los que debian ser mas permanentes en la sociedad civil; quién recuerda, decimos, lo que era este país y cuales sus notabilidades hace veinticinco años? ¿Por qué todos, hasta los que por fuertes conexiones de afeccion y de utilidad parecen á él mas ligados, se consideran en él como de paso, viviendo al dia, como se suele decir, apesar de la unánime conformidad en ponderar las circunstancias que le hacen uno de los mas agradables de la tierra, bajo ciertos puntos de vista? Una prueba de esta general disposicion de los ánimos, sin excepcion de personas, clases y razas, la ofrecen los cementerios filipinos, y particularmente el de esta capital, sin un panteon de familia, sin esas mas patentes formas de expresion al deseo y al propósito de dormir el largo sueño al lado de los que habitaron el mismo hogar ó significaban los mas inmediatos y estrechos eslabones de la cadena de tiernos cuidados y de los sentimientos mas hermosos con que enlaza unas á otras generaciones la próvida naturaleza. No hay tradiciones íntimas, como no las hay públicas: se vive de impresiones momentáneas, faltando al alma los consuelos y los ejemplos, la justa vanagloria ó el oculto pesar de los recuerdos. Fórmulas glaciales suelen en algunas ocasiones llenar apariencias, que á nadie engañan, porque todos respiran la misma atmósfera de utilitarismo y de enervacion moral que se podria creer sensualidad.

Tal vez haya exageracion en esta manera de apreciar las continuas transfor-

maciones que se operan en esta sociedad y el olvido de los mas preclaros nombres que no hace muchos años eran populares; pero se nos concederá que ese es el carácter y esas las condiciones, en general, de la vida en este país; debiendo presentarse en su horrible desnudéz por la prensa, que tanto puede contribuir á infiltrar mas sensatas ideas en las familias, en las costumbres y en las instituciones.

El nombre que hemos puesto por epígrafe á este artículo, y que pocos recuerdan ya, nombre que figura durante veinte años, de 1829 á 1849, época la mas laboriosa de la administracion de Filipinas, en todos los trabajos militares y civiles, de tan diversas especialidades y de tal importancia, que parecen carga excesiva para diez hombres de gran valer, puede motivar algunas de aquellas reflexiones. ¡Llor á la provincia de Albay, que ha consignado en un monumento público la manifestacion permanente de su gratitud al gobernante probo, activo, inteligente y desinteresado, D. José María Peñaranda, sin embargo de que sus mas importantes servicios fueron de interés general!

La administracion de Filipinas principió á tomar formas y condiciones de tal en 1830. Antes de ese año eran extremos el atraso y la pobreza de las provincias. Estaban estas confiadas á jefes que, salvas excepciones, no podian tener la preparacion necesaria para esos cargos, porque los emolumentos no retribuian el trabajo y las privaciones inherentes á su servicio, y faltaban aspirantes dotados de mejores circunstancias. Esos jefes tenian la facultad de comerciar, lo cual si podia creerse una necesidad, tenía el inconveniente de retrasar el deseado momento en que deberia dejar de serlo, porque era grande el aliciente y mas grande el poder con que se alejaba la competencia. No existian aun correos, y solo cuando llegaba al-

gun barco del cabotaje, el arraez de este llevaba algunas cartas á la Secretaria del Gobierno Superior, donde eran entregadas á las personas que las pedian, de la misma manera que traía á la Tesorería el dinero que le confiaban los alcaldes mayores y administradores de las rentas del vino y del tabaco. En Luzon, los igorotes y otras razas monteses dominaban hasta el llano, considerándose invencibles en sus riscos; y en las Visayas estaban los pueblos grandes en continuo alerta, y los pequeños se despo- blaban, para evitar sorpresas de los moros samales que hasta en la isla de Burias habian formado una como estacion y recalada, con fortificaciones sirviéndoles de centro de accion para sus expediciones, algunas de las cuales penetraban en los esteros de Bulacan. Los jefes de provincia disponian de los intereses de los pueblos segun su critério, sin ninguna inspeccion ni ingerencia centrales, pues solo del tributo y á fin de cada año daban cuenta. Por leyes administrativas civiles y económicas, por reguladores de facultades, derechos y deberes en todos los ramos y hasta en las costumbres públicas y privadas, como en los intereses, aplicaban las Ordenanzas de Buen-gobierno, admirable coleccion de preceptos y consejos escritos para un pueblo rudo, sencillo y pobre, aunque inadecuados, como lo ha demostrado la experiencia, para el apoyo mas eficaz que necesitan la produccion, el comercio y todos los derechos cuando el trabajo, la economía y la educacion crean desiguales condiciones y se organiza espontáneamente la sociedad civil con sus estímulos, con sus dificultades de buena policia y con sus ventajas, entre estas, los intereses colectivos de los pueblos y la necesidad de fijar círculo bien determinado de accion y efectiva responsabilidad á los representantes del interés público. Tal era la administracion de Filipinas cuando se encargó del mando superior, en 1829,

el laborioso y entendido General Enrile.

Don José María Peñaranda, cuya ligera biografia intentamos hacer, habia nacido en Madrid en 1806, y á los quince años, en 1821, principió á servir, en clase de cadete del regimiento de Zapadores. En la academia especial que tenia dicho cuerpo en Alcalá de Henares, y despues en Sevilla, aunque particularmente, hizo los estudios reglamentarios y otros de que tan brillante aplicacion dió pruebas despues en varios ramos de la administracion de este país. En 1827 ascendió á subteniente de infantería, y á teniente, con destino á estas Islas, un año despues, viniendo en calidad de Ayudante de campo del citado General Enrile, que era su próximo pariente.

A los pocos meses de su llegada, en 1829, hizo el General una visita á las provincias del N., y durante ella, confió varias importantísimas comisiones al jóven teniente Peñaranda, siendo una de estas el reconocimiento del paso de Ilocos N. á Cagayan por el monte Patapat y por el Caraballo del N.; habiendo formado itinerarios y planos de estos difíciles y entonces muy peligrosos reconocimientos.

Estaba á la sazón en el país otro hombre de extraordinarias condiciones, el insigne Teniente Coronel D. Guillermo Galvey, cuyo nombre es aun el terror de los igorotes, país que recorrió en todas direcciones, de paz para los sumisos, de pronto y terrible encarmiento para las rancherías que se negaban á abandonar sus sangrientas y repugnantes supersticiones. Galvey reclamó á Peñaranda, para que le acompañase en la gran expedicion hasta el valle de Apayao, esto es, atravesando lo mas áspero del territorio que poblaban aquellos, y durante la cual fueron continuas las escaramuzas con los salvajes, mucho mas numerosos entonces que ahora.

A la vuelta de esta expedicion, el

infatigable Peñaranda, que principiaba á manifestar en toda ocasion, una aficion entusiasta á trabajos administrativos útiles, empleando en ellos sus conocimientos facultativos, reconoció y formó el croquis de todos los rios y esteros navegables de Pangasinan.

Apenas concluido este, vuelve á penetrar en la gran cordillera, desde el pueblo de San Nicolás hasta las misiones de Itug en Cagayan, para buscar la mas breve y fácil comunicacion entre ambas provincias; acompañándole para tan arriesgada empresa solos cinco soldados, seis guias y los conductores de viveres. Confiaba tal vez demasiado en su valor, en su fuerza de voluntad y en el efecto de las expediciones de Galvey. Ello es que retornó sin accidente contrario, y pudo presentar al General, pocos dias despues, itinerarios y croquis de tan audaz exploracion.

(La conclusion en el número siguiente.)

J. F. DEL PAN.

AGAPITO MACAPINGAN.

(MEMORIAS DE UN CRIADO TAGALOC.)

(Continuacion: véase la página 31.)

Trás las penalidades y vicisitudes físicas y morales que he indicado, llegué á los ocho años, en cuya fecha sabía nadar como un pez, manejar el *tiquin* y el *sauval* de una banca, conducir un carabao, escalar los árboles con prodigiosa diligencia, para apoderarme de las frutas verdes, que son las que mas nos gustan á los indios, y dormir como un liron á cualquier hora del dia en que así me lo propusiera, en cualquiera parte y en cualquier postura, hasta de pié.

Mis juegos de la infancia no podían ser más cándidos é inocentes: apaleaba á *Lubuc* cuando no quería de grado seguirme al baño, hacía *sarangolas* con hojas de *andiao* ó de *talisay* y hebras de *pisi* que escamoteaba á un chino tendero establecido en la plaza; tiraba el *sipa* con los piés, á las mil maravillas; manejaba el *baticobre* con gran acierto,

y cuando conseguia pescar á mi pobre padre algunas piezas de calderilla, lo cual ocurría raras veces, me dedicaba con otros chicuelos de mi edad á la *tanga* y al *sali-una*, cuyas ganancias se llevada ñora Táquia para proveerme en cambio de *madoya*, *balicocha*, *tira-tira* con *linga* y otras golosinas por el estilo.

He dicho que mi padre era cabeza de *barangay* y además sementerero y muy hombre de bien; pero la cabecera debió ser una cosa así como las tentaciones de San Antonio Abad, porque mi padre, desde que tuvo que cobrar el tributo á todos sus *sacopes*, y rendir cuentas á la administracion del Real Haber, dejó de ser cabeza, dejó de ser sementerero y dejó de ser hombre de bien.

No otra cosa pude juzgar al haber visto encarcelado al autor de mis dias, llevado preso á la cabecera, vendidos nuestra sementera y nuestros seis carabaos, pregonada para lo mismo nuestra casa, y empeñadas las alhajas de mi madre, entre ellas, la peina de perlas y las dos urnas en que estaban colocadas, con riquísimos vestidos de tisú bordado de oro, las imágenes de la Purísima Concepcion y del Señor San José.

Y sin embargo, en mi casa no había dispendios, no habia desórdenes, no se daban comilonas ni bailújanes, ni se jugaba mas que al *tres-siete*: ¿por qué, pues, se decía que mi padre era moroso en sus liquidaciones y deudor al Real Haber?

Me explicaré.

II.

De cómo basta ser un hombre honrado para obtener un nombramiento de cabeza de Barangay y salir con las manos en la idem.

Mi padre no sabía leer, pero sabía escribir su nombre; no contaba sinó por los dedos, ni hablaba el castellano: en toda su vida habia hecho otra cosa que manejar el arado y guiar el carabao, y no habia tenido tiempo para adquirir otras habilidades.

Con estos antecedentes, fácil es comprender la importancia de los servicios que podría prestar á la Hacienda pública, como uno de sus principales agentes subalternos.

Tratar de meterle á mi padre en la cabeza el mecanismo administrativo, hubiera sido una locura semejante á la del que se empeñó en asar la manteca: no lo hubiera comprendido jamás; se hubiera quedado dormido á la mitad de la explicacion, aun cuando se le hubiera hecho en el dialecto natal

—¿Qué es un cabeza de barangay?—le preguntó una vez un español *bago*, que fué al pueblo á curarse unas calenturas.

—Cobrador—le contestó el autor de mis dias.

—¿Y qué cobra?

—El dinero del rey.

El español fué prudente.

Preguntar más á mi padre no hubiera producido una contestacion más gráfica.

Mi padre fué elegido cabeza de barangay, por virtud de la propuesta que, en atencion á sus méritos, elevó el Gobernadorcillo; y el Sr. Alcalde aprobó este nombramiento, como se aprueban otras muchas cosas en el mundo.

Debo decir que ni la sed de honores, ni la de riquezas, hicieron acojer con entusiasmo este nombramiento al que me dió el sér. Los primeros eran muy lejanos, pues se necesitan diez años de servicio para ser declarado principal del pueblo, usar don perpétuo, y tener asiento, voz y manejo, en las juntas del comun y en las elecciones. Las segundas son ilusorias: el dos por ciento de la recaudacion no le alcanza á un cabeza para comprar un miserable par de zapatos, y lo regala de buena gana, antes que hacer un viaje para firmar la nómina de esa retribucion.

No he penetrado muy bien en las árduas ocupaciones que obligan al cabeza de barangay á un movimiento casi continuo; pero puede formarse idea de ellas, teniendo en cuenta que su mision, un tanto desfigurada en su verdadero carácter y origen, segun la ley, es durante tres años la de correr en pós de cada tributante y polista de su cabecera, perseguirle dó quiera lo halle, acosarle, compelerle y sacarle, por último, los cuartos, lo cual y tratándose de indios, no es tan fácil como parece.

Mi padre tenía un carácter demasiado bondadoso para el oficio; y unas veces por su buen corazon, y otras porque los tributantes se la jugaban de puño, el caso es que en los finiquitos cuatrimestrales, siempre salia pegado el bueno de don Flaviano Macapingan.

Tenía de primogénito de la cabecera al notable ñor Titong, aquel que con su charasco de caballería, contemporáneo de Salcedo, me ayudó á nacer, y esta primogenitura tengo en el ánimo que ayudó á mi padre á morir, por esa ley caprichosa que me han dicho los españoles se llama de los contrastes.

Ñor Titong sabia leer y escribir y contar, y algunas otras cosas más, así es que, como yo era demasiado pequeño para estas funciones, le vendió á mi padre el favor de llevarle la libreta de la cabecera y las listillas del padron, solo por el dos por ciento de la recaudacion y veinticuatro cavanos de palay al año, que salian del granero ó *tambobong* de nuestra casa, como uno de los primeros beneficios conquistados por el elevado puesto del autor de mis dias.

El cuadrillero—porque ya creo haber dicho que ñor Titong lo era, y añado ahora que por su instruccion y manejos, llegó á teniente del *cuerpo*,—se despachaba á su gusto en el arreglo de cuentas y libretas, y hay que advertir que, como era hombre entendido y tenia relaciones principales en todas partes, contaba en la Administracion con un su amigo, escribiente de aquella dependencia, á quien llamaban de apodo *Calahati*, porque apenas si levantaría del suelo, puesto sobre la punta de los piés, lo que sentado levanta un perro, y no de Pollok.

El tal *Calahati* y ñor Titong debian entenderse, sinó para expoliar al género humano, para expoliar, por lo menos, á don Flaviano Macapingan, y á todos los infelices que, por no saber leer, escribir y contar, se hallaran en su desventurado caso.

Esto me ha hecho abrir mucho los ojos para lo sucesivo, y comprender las ventajas que trae á los hombres que viven en sociedad, la posesion de esos primeros y rudimentarios conocimientos: si yo tuviese el dón de los españoles que hacen diarios, haría dos ó tres libros con todas las cosas que me bullen en la cabeza, para recomendar á mis paisanos el estudio atentísimo de la cartilla y el caton, de las planas de palotes, y de las cuatro primeras reglas aritméticas. Tengo por seguro que, de haber contado en mis años infantiles con la experiencia de hoy, no hubiera desperdiciado las lecciones del viejo ñor Bindoy, maestro de la escuela de mi pueblo, que nos hacía escribir sobre hojas de plátano y contar con los dedos, durante lo que el llamaba las horas de clase y yo creía las horas del suplicio, pasadas en un solar próximo al Tribunal, bajo la sombra protectora de tres grandes árboles de manga, con dos cañas pasadas de tronco á tronco y amarradas con bejuco, que nos servian de bancos escolares unas veces, de trapezio ó barra horizontal en los períodos de descanso, y de blando y apacible lecho

en cuanto ñor Bindoy volvía la cabeza y tiraba á un lado la caña con que hacía de palmeta.

Ñor Titong, en su calidad de primogénito, prestaba muy gustosamente á mi padre el servicio de ir á la cabecera á hacer las introducciones y á volverse con la libreta rubricada. Lo que pasaría allí lo he ignorado siempre; pero Don Flaviano debió empezar á sospechar algo, cuando, por fin de un trimestre, y aprovechando una venta de azúcar que le proponían, fué él en persona á la Administración á finiquitar su cargo de un tercio.

Mi padre, humilde hombre del campo, no penetraba sin temor en la modesta bodega con honores de oficina pública, donde se manejaban los dineros del rey y se administraba la Hacienda filipina. Se colocó su sacacot debajo del codo izquierdo, se quitó un pañuelo de yerbas que llevaba á la cabeza, y haciendo una serie de genuflexiones, á modo de cortesías, con toda la gravedad correspondiente al caso y sin omitir ni aun á los fajinantes de la dependencia, penetró hasta el sitio de *Calahati*, alargándole la libreta, y presentándole hasta cerca de doscientos pesos que llevaba cuidadosamente envueltos en otro pañuelo.

Voy á apuntar aquí, antes que se me olvide, un detalle muy curioso. *Calahati*, ante la humilde actitud de mi padre, se creció soberbio y arrogante en su silla medio derrengada, como se crece un palatino moscovita ante el desdichado siervo; y es que la vanidad, carcoma de todos los seres humanos, se apodera gigantesca de la fantasía del indio, cuando este, por cualquier circunstancia, se cree elevado en gerarquía ó en posición, sobre la generalidad de sus paisanos. No hay despotismo, ni insolencia, ni grosería, que iguale á las del indio de humilde cuna, cuando ha logrado conquistar un puesto oficial cualquiera: si nadie se ha atrevido á decirlo hasta ahora, lo digo yo, libre de toda pasión, y dentro de una imparcialidad que tengo la flaqueza de estimar sensata. El labrador, el carromatero, el faginante, son seres muy inferiores, rayan muy por debajo del natural que desempeña un cargo público, si es persona de humilde extracción ó no educada; y se dá el extraño caso de que empieza la más cruel de las tiranías, la más risible proscripción de formas en el trato indio-social, el más completo olvido de los mútuos respetos y consideraciones, precisamente donde debían nacer los lazos de la fraternal igual-

dad, de la protección y del apoyo, que son los más fuertes vínculos de todas las clases.

Hay una distancia extraordinaria entre las personas bien educadas y los dependientes inferiores, respecto al trato y comportamiento con el público más humilde, distancia que he tenido ocasión de apreciar muy de cerca en mi calidad de sirviente y sobre la cual haré comparaciones en más avanzada parte de mi relato; pero viene bien á mi objeto señalar, y por eso lo hago desde ahora, que cuanto más elevada es en las primeras la posición social, cuanto más vasta es la esfera de sus conocimientos y mayor la superioridad moral sobre los que les sirven, les rodean ó dependen de ellos, más suave, más dulce, más blando, más tierno, más compasivo, más cariñoso suele ser el trato.

Un refrán español del que me acuerdo en este instante, porque lo repetía á menudo un amo que he tenido, dice que «no hay peor cuña que la de la misma madera,» y sácolo á plaza aquí, por que la exactitud de su aplicación á los casos que cito, viene á resumir la serie de reflexiones que pudieran ocurrírseme.

Es indudable que la diferencia de principios y de educación, y el desarrollo que está dá á los sentimientos de delicadeza y de bondad, que residen, á mi juicio, en el fondo del alma de todos los hombres, es la pauta de la diferencia de trato y de comportamiento á que vengo refiriéndome; y así sucede que aquellos de mis paisanos que se elevan en la escala social, al mismo tiempo que se elevan en ideas, tienen otro proceder.

Me he extraviado un poco de mi narración con estas palabrotas que se me han ocurrido, y vuelvo á tomarla.

Calahati no se dignó siquiera mirar á mi padre, y só pretextó de que lo engolfaban largas columnas de números, se contentó con responder á su político «*magandan drao po*» (*) con un seco y áspero «*hintay ca muna.*» (**)

Esperó, en efecto, mi padre, al lado de la mesa, con sus pesos mejicanos envueltos en el basto y vasto pañuelo de algodón, y tan inmóvil como la muger de Lot cuando volvió su curiosa cabeza para ver la destrucción de Sodoma; pero el pasatiempo no era, á la verdad, muy divertido, y el bueno de Don Flaviano, con su don y todo, se encaminó pacíficamente á un rincón, donde se

(*) Buenos días, señor.

(**) Espérate.

sentó en cuclillas, y entretuvo el hambre, que ya empezaba á picarle, triturando uno tras otro hasta seis buyos, del volúmen por lo menos de un *mabolo*.

Así trascurrieron más de cuatro mortales horas, sin que nadie se ocupara de mi padre, sin que mi padre se atreviera á molestar á nadie, sufriendo este el desfallecimiento del hambre, perdiendo su entrevista con el que le habia propuesto la venta de azúcar, que quizá pudo serle fructuosa, separado de su casa y familia, abandonando sus faenas agrícolas, y gastando por añadidura su dinero en haber alquilado una carromata para ir á la cabecera.

Dios, ya que no los hombres, se apiadó sin duda del que me engendró y le deparó al mismo administrador en persona, cuando este bajaba de sus habitaciones, despues de haber almorzado.

Se enteró de quién era, leyó quizá en su rostro que era un hombre que de puro bueno se caía á pedazos, comprendió tal vez por las cintas de *buri* que mi padre se habia amarrado en las pantorrillas y en los brazos, que se le iba á *pasar el hombre*, ó que el apetito le roía las entrañas á falta de roerle la morisqueta, y el empleado de la Hacienda pública, gefe de la gestion económica en la provincia, como se dice hoy, determinó concederle el honor de despacharle por si mismo.

Calahati quiso intervenir con un «no se moleste usted, señor; ¡yo lo haré ahora mismo»; pero el administrador ordenó á su subalterno que continuára en la formacion de la cuenta que lo tenia tan embebido, y se encaminó, seguido de mi padre, á su despacho.

Examinó la libreta, confrontó sus apuntes, recibió y contó el dinero, y al cabo de algunos instantes, dijo:

(*Se continuará.*)

FEDERICO CASADEMUNT.

VOLCANES Y TEMBLORES.

(*Continuacion.*)

Algunos fisicos y geólogos creen que el agua tiene una importancia considerable en la existencia de los volcanes y temblores de tierra. Se fundan en que, durante las lluvias y despues de ellas, suelen ocurrir temblores; y es un hecho comprobado

por numerosas experiencias, que en los grandes continentes, en Europa por ejemplo, es mas frecuente esta clase de fenómenos en invierno que en verano, y más durante la noche que en pleno dia. Despues de ocurrido este fenómeno geológico, generalmente se presentan llúvias de mayor ó menor intensidad y se observan cambios mas ó menos bruscos de temperatura, y lo atribuye Gay-Lussac, ó á los vapores que se desprenden del interior de la tierra y se mezclan con la atmósfera, ó á una perturbacion que determinarán en el estado eléctrico de la misma, las sacudidas y las oscilaciones que la tierra experimenta; llegando algunas veces á producir tan considerable perturbacion, en aquel estado eléctrico de las capas aéreas, que hay ejemplos, en los paises tropicales, de haber motivado la invasion repentina de las lluvias, mucho antes de la estacion en que ordinariamente se presentan.

Los temblores de tierra presentan escasa importancia y son siempre de pequeña intensidad relativa, en las comarcas en que existen volcanes activos; y los efectos destructores de estos últimos son limitados y se ejercitan solamente en sus cercanias, pudiendo el hombre, á la par que evitar el peligro alejándose del volcan ó huyendo de un torrente de lava, admirar un espectáculo tan imponente como el que le ofrece la naturaleza.

Antes de terminar estos preliminares que fundamentalmente significan la base de las teorías mas opuestas, ya accidentalmente en los efectos visibles de los fenómenos volcánicos y de los temblores de tierra, ya principalmente con respecto á los cambios que la tierra experimenta en su forma exterior, debemos indicar algo sobre la diversidad de opiniones que se han suscitado entre naturalistas y geólogos, todos eminentes, pero que opinan de una manera tan distinta. Hemos dicho que la tierra sufre variaciones, y al indicar que los levantamientos y de-

presiones se efectúan repentinamente, hemos solo expuesto opinion de hombres notables como Humboldt, de Buch, y otros autores distinguidos, que contribuyen aun hoy dia al progreso de las ciencias naturales; pero esta especie ha promovido un debate notable, contestando otros geólogos y naturalistas no menos distinguidos que los citados, como Liell y Darwin, que estas variaciones no se producen jamás de la manera repentina que aquellos manifiestan, y sí solo de una manera insensible, refiriéndose no solo á los levantamientos y depresiones generales, si que tambien á las accidentales de localidad determinada. En apoyo de una y otra apreciacion, presentan datos mas ó menos fundamentales, reconociendo todos en principio, el trabajo laboriosísimo que se efectua en la tierra, para cambiarla en uno y otro sentido; pero la tradicion, que los primeros admiten principalmente para explicar el levantamiento ó el hundimiento repentino de volcanes, islas y continentes, la tradicion existente en paises de civilizacion, primitiva en unos casos, ó referida en otros por hombres en los cuales la novedad de un fenómeno extraordinario, tradicional tambien, que no presenciaron, les ha suministrado asunto para ejercitar su brillante imaginación sin cuidar de la veracidad de los hechos, la niegan por falta de pruebas de su exactitud los de la moderna escuela; y en apoyo de su contraria teoria, citan sus observaciones geológicas y presentan leyes ó teorías de formacion y trasformacion generales, jamás repentinas, fundándolas en aquellos hechos positivos que concuerdan poco ó nada con la teoria antes citada, y cuya exposicion no debe ser principal objeto de este lugar, pero que indicaremos someramente en ocasion oportuna, durante el trascurso de estos ú otros artículos. Baste decir, que, la escasez de documentos geológicos imposibilita la solución definitiva del problema, y el debate queda en pié, pero sin que esto impida,

que hombres notables en los ramos del saber, acudan á uno y otro bando, lo enriquezcan con nuevos trabajos de observacion y nuevos descubrimientos y acepten ó impugnen unas ú otras teorías.

Pasaremos, pues, á indicar algo referente á los volcanes.

II.

Se dice que existe un volcan, cuando se ha producido una comunicacion permanente ó temporal entre el interior de la tierra y la atmósfera. Esta definicion, que tomamos de Humboldt (Cosmos) es exacta en toda su extension, puesto que comprende los volcanes en actividad y los volcanes apagados, y por consiguiente, todas las variaciones transitorias que experimentan al pasar de uno á otro estado.

Los volcanes presentan caracteres tan peculiares en su estructura exterior y en su cráter, que examinados atentamente, es imposible confundirlos con las demás montañas que existen en el globo, por mas que, en su forma general, tengan cierta analogía. Les distingue principalmente el considerable cono de ceniza y el grandor del cráter, cuyas magnitudes son independientes de la altura de la montaña volcánica. Los caracteres indicados se ofrecen cuando las erupciones se han verificado y no ha experimentado el cono una gran denudacion acuosa, es decir, un acarreo de la materia por las aguas, por el cual, no llegan á descubrirse por completo, las rocas situadas bajo la superficie, como se verifica cuando es considerable la denudacion, y aun así, las laderas de los montes ignivomos, dejan distinguir las corrientes de lava, y presentan hendiduras ó barrancos de mas ó menos importancia.

«Situado casi siempre en el vértice de la montaña, el cráter forma un valle profundo, á modo de cono truncado y cuyo fondo es frecuentemente accesible á pesar de sus continuas va-

riaciones. La mayor ó menor profundidad del cráter es un indicio que permite suponer si la última erupcion es reciente ó antigua. En este valle, se observan extensas grietas por las cuales se desprenden torrentes de vapor, ó pequeñas excavaciones circulares, llenas de materias en fusion que se abren y cierran, desaparecen y vuelven á aparecer en otros puntos. Su fondo se hincha y se hunde alternativamente; se forman en él pequeños montes de escorias y conos de erupcion que algunas veces se elevan sobre el nivel de los bordes del cráter y cambian así el aspecto de la montaña, hasta que, en la erupcion siguiente, vuelven estos conos á caer y desaparecen repentinamente. No deben confundirse las aberturas de estos conos que surgen de este modo en el interior del cráter, como sucede con frecuencia, con el cráter mismo que las contiene; este es inaccesible casi siempre á causa de su profundidad y del escarpe de sus paredes... En el intervalo de dos erupciones, es posible que un volcan no produzca fenómeno alguno luminoso y si tan solo la emision, por las grietas, de vapores de agua, ó que, en la superficie apenas caliente del cráter, se hallen montículos de escorias á los que puede aproximarse sin peligro. En este último caso, el geólogo viajero puede librarse sin temor al placer de ver, en miniatura, el espectáculo de una erupcion: las masas de escorias inflamadas son arrojadas continuamente, por estos pequeños volcanes, en los flancos de los montículos, y cada explosion está anunciada ordinariamente por un temblor de tierra puramente local.»

«La lava sale algunas veces de las grietas ó pozos que se forman en el mismo cráter, pero esta lava no llega á romper sus paredes ni á derramarse rebasando sus bordes. Sin embargo, si ha lugar una ruptura en los flancos de la montaña, el derramamiento de la lava fundida se ve-

rifica por este punto de salida y sigue una direccion tal, que aun en la época de estas erupciones parciales, el fondo del cráter propiamente dicho no cesa de ser accesible.» (1)

Una erupcion volcánica, presenta ordinariamente un carácter imponente; generalmente si el volcan es activo, preceden á la erupcion ruidos subterráneos, temblores de tierra y desprendimiento de vapores que van tomando consistencia, llenando la atmósfera, interponiéndose al paso de la luz del dia y oscureciendo la region en que se verifica este grandioso fenómeno. La parte superior del monte, esto es, el cono de cenizas, va tomando el aspecto de un ascua de fuego, llega á ponerse incandescente, mientras la parte inferior de la montaña aparece mas y mas oscura hasta llegar á hacerse invisibles los objetos que existen en su falda. En la parte superior del monte, en el cráter, se ve subir la materia licuada hirviendo, que en alguno de los ascensos y descensos que manifiesta rebosa el borde de aquel, y semejante á un rio de fuego, va descendiendo por la vertiente del volcan en cantidad algunas veces extraordinaria. Algunas veces se oyen violentas explosiones y percibimos que la columna de humo aparece enhiesta, y entre ella, se ven arrojados, del interior del cráter, grandes trozos de piedras quebrantadas, algunas de ellas convertidas en polvo ó cenizas, y tambien grandes cantidades de lavas ó rocas fundidas que por la fuerza expansiva de los gases comprimidos experimentan dilataciones repentinas y caen constituyendo en el terreno las llamadas escorias, ó caen reducidas á polvo impalpable, manifestándonos las repetidas observaciones verificadas, que durante la ejaculacion volcánica hay desprendimiento de gran cantidad de vapor de agua, que representa insignificante proporcion, con ella com-

(1) Humboldt. Cosmos I.

parada, la cantidad de lava incandescente y rocas en estado casi de fusion. Consecuencia de la gran cantidad de vapor de agua que emiten los volcanes, se explica porque, algunos en actividad, sin experimentar erupcion, presentan constantemente un penacho luminoso al espectador, y tambien induce á suponer que las materias sólidas que se desprenden del interior de la tierra cuando aquella se efectua, son arrastradas mecánicamente por la fuerza elástica del vapor de agua, por cuyo motivo, este cuerpo es considerado por algunos de importancia casi principal para explicar la realizacion de este clase de fenómenos.

Cuando los volcanes tienen gran elevacion y gran parte del cono correspondiente á su vértice penetra la region de las nieves perpétuas, el viajero percibe constantemente aquella parte del monte volcánico cubierto por la nieve que le dá un aspecto especialísimo. Pero esta nieve, es un peligro para los habitantes de las comarcas inmediatas porque momentos antes y mientras la manifestacion de una erupcion, se funden casi repentinamente tan enormes masas, y el agua al resbalar á torrentes por las laderas del monte volcánico y por los valles que se extienden á sus piés, arrolla cuanto al paso encuentra y produce efectos tanto ó mas terribles que los producidos por las inundaciones de que este país nos ofrece tan tristes ejemplos. Estas nieves, además, dice Humboldt refiriéndose á la cadena volcánica de los Andes, durante el período de reposo del volcan, ejercen una accion continuada por sus infiltraciones incesantes, llenando las cavernas que existan en los flancos de la montaña ó en su base y transformándolas en reservatorios subterranos, que, por estrechos canales, alimentan los riachuelos de los valles inmediatos, dando lugar en otras ocasiones, á la aparicion de manantiales termales ó de aguas de

temperaturas mas ó menos elevadas, y añade Humboldt, que no saliendo directamente estas aguas del mismo cráter del volcan, no hay que considerarlas relacionadas directamente con las erupciones volcánicas, y si solo, cuando son expelidas durante conmociones escepcionales de la tierra, como efecto mecánico motivado por esta circunstancia.

Debido, ya á estas infiltraciones que se manifiestan al exterior de la masa terrestre, ya á la condensacion de los vapores de agua que se desprenden de los volcanes, y al verificarlo, caen en forma de rocío fecundante, ya á otras causas, es un hecho positivo que las comarcas inmediatas á los volcanes activos, ofrezcan sus terrenos notable fertilidad, y por lo tanto se comprende el poderoso atractivo del interés para que el hombre los ocupe, los explote y obtenga utilidades, á pesar de que en algunos casos vea destruida por una erupcion poderosa su vivienda y perdido el fruto de una parte de su trabajo. Pero como estos efectos, ni son continuados ni frecuentes, puesto que las erupciones extraordinarias solo suelen presentarse de cien en cien años, de ahí que, trascurrido el fenómeno, vuelve el hombre á labrar su pertenencia y á construir su vivienda, y aun cuando esté colocado bajo la influencia de conmociones tan desastrosas, compréndese que insista en habitar esas poéticas regiones en las cuales se siente vivir el planeta que nos soporta.

Próximos á los volcanes suelen existir valles y cavernas que, por su insalubridad, por sus funestos efectos sobre ciertos animales, han llamado y llaman la atencion de los observadores. El Averno, que cita Lucrecio y sitúa cerca del Vesubio, mortífero para las aves y del cual los antiguos refieren una sombría leyenda, no subsiste ya. Pero es posible que antiguamente se desprendieran de él gases deletéreos, puesto que hacía aquellos

sitios existe la célebre gruta del Perro. Tambien en la Isla de Java y en las cordilleras del Himalaya próximas á volcanes, existen hondonadas, en las cuales, refieren algunos viajeros que se ven multitud de esqueletos de animales que perecieron, ya por efecto de los gases deletéreos que se desprenderian de las grietas que se abrieran, ya por las lavas que de improviso cubrieran aquellos espacios. Hoy el hombre atraviesa estos valles, penetra en esas grutas sin peligro, y la ciencia demuestra de una manera evidente que, el gas ácido carbónico, mas denso que el aire, incoloro y trasparente como él, es el elemento deletéreo que tanta celebridad ha dado á estos valles y á estas grutas.

Manila 7 Julio 1875.

F. L. P.

(Continuará.)

ENTRE EL MAYON Y EL ISAROG.

(Continuacion.)

EL PRIMER AMOR DE D. PREVISIONES.

No dejó de interrogarme el doctor acerca de mi familia, de mi posicion, de mis aspiraciones; y tales preguntas alteran siempre mi constante buen humor y me ponen alguna vez hasta taciturno. Bellos ó tristes los recuerdos, mueven fibras delicadas del sentimiento y nos hacen soñar en el infinito; y al pretender ligar el pasado, el presente y el porvenir, no sabemos, pobres niños, con que lazos atar en lo inmortal los objetos queridos de nuestra existencia.

De mi familia, doctor; le dije, no existe mas vástago directo que yo. Mis padres, mis hermanos, no son en este mundo. Sabeis que me llamo Camilo, y Camila tambien se llamaba mi madre; y siempre que oigo pronunciar el mio me parece que no me llaman solo á mí, sino tambien á ella, porque esa *o* y esa *a* de diferencia se confunden en mi oido. A esa madre santa debo el amor al bien, como espero deber un dia á una muger el amor á la vida, el amor al mundo.

¿Preguntais por mi posicion? No la tengo. Mi juventud carece de historia, y eso que no estoy exento de dolores. Escribo, por una necesidad de mi espíritu, como canta el pájaro, como salta el pez en la superficie de las olas, dejando ver su lomo cristalino; como se pone en contacto con el viento reinante el árabe que cruza el desierto sobre un corcel. Busco impresiones, narro cuentos, y remito unos y otros á los amigos que los firman, á los editores que los pagan, aparte de las revistas que mando á América, tal cual remuneradas. Ya veis que mi posicion no es gran cosa.

—Sí, pero podeis contar con el porvenir.

—¿Aspiraciones, doctor? Estoy lleno de ellas. Un nombre, la gloria de un nombre me desvela muchas veces. Cuando en el teatro del talento contemplo las obras de los genios literarios; cuando en la marcha de la humanidad miro destacarse esos prohombres que la imprimen movimientos nuevos, costumbres superiores, siento una profunda emocion, palpita en mi una fuerza secreta, y penetra en mi mente el valor de la fantasia ó del juicio, algo de esa electricidad del genio. Pero luego trascurren ligeramente algunas de mis horas entre mugeres bellas, ó felices ó desgraciadas; toco eso que llaman dicha, me sonrien los píccantes diálogos, quiero amar, y no encuentro el objeto; todo son atracciones ligeras, halagos pasajeros y decepciones penosas. Y sin la muger no comprendo la gloria. ¿Donde colocar las flores del triunfo como no sea en la cabeza de la dicha? ¿Y dónde está la dicha fuera de la muger? Mi actividad, mi fuerza, mi talento, si tengo alguno, quiero dedicarlos á hacer la felicidad de la que he de amar.

—Bien Camilo; empezais á vivir repleto de altas ilusiones. ¡Quiera Dios os eleveis en atmósferas serenas, sin embates dolorosos. Esperais amar, y el amor es la vida; pero avanzad despacio, porque ese amor, ese grito del alma se compone de dos atracciones que se inspiran. Las capas del sentimiento, si se superponen poco á poco, logran formar pasiones grandes y sólidas; y por el contrario, los rayos del deseo, obrando instantáneamente, esponen á equivocaciones desdichadas. Establecida la atraccion, no hay mas que seguir la luz de ese astro, las huellas de ese sentimiento que se os acerca rodearle de culto, dignificarle. Hay que robustecer su tierno tallo para que no se marchite; hay que sostenerle para que no decaiga; hay

que fortificarle por la templanza, interesarle por el misterio y conservar siempre en emblema esa dicha que envidia el mundo y que muy pocos llegan á conocer y menos á completar. Os aseguro que siempre he envidiado esa ventura.

—¿No habeis amado nunca, doctor? ¿Entraría en vuestras previsiones absteneros de una pasión tan universal?

—Abstenerme no, Camilo; admiro la castidad, pero no la siento; y si la ciencia se parece algo á la religion, por lo que distrae el pensamiento de los placeres materiales, os confieso que pocos años de mi vida me he sentido exento de pasiones, á pesar de mi amor á la ciencia. Hoy ya es otra cosa; el látigo de la Providencia, mas que la edad, ha sacudido con tanta fuerza los lazos de mis propósitos, los mas justos, que todos se han deshecho; y estoy sentado á las puertas del templo de la paz y de la fortaleza para ofrecer su agua de salud á los desgraciados y desgraciadas que acuden en busca de consuelo y de alegría.

«Vais á conocer mi primer amor, mi primera Julia, porque he amado á tres Julias.»

Nos hallábamos fuera de Legaspi, en la calzada orillada de nipas, de almendros y de cocoteros que conduce á Albay, florido tránsito que acompañado del murmullo ténue de la arboleda, despertó en la memoria de D. Previsiones las tiernas endechas de su amor primero, referido con acento firme y vehemente, y de la misma manera que si escribiéramos un libro.

«Contaba veinte y cuatro años cuando obtuve por oposicion una pobre cátedra de filosofía, bastante incentivo para divisar delante de mi un horizonte de ciencia y de otras bellas esperanzas. Entre estas no podia menos de figurar la del amor, y temía, no obstante, el momento de fijar mi pensamiento en un objeto, porque todo afecto que se apoderase de mi adquiriría pronto las proporciones de una pasión vehemente y profunda, seria y entrañable, siempre que no fuese contrariada. Obligaciones de familia me detuvieron en una ciudad mas tiempo del que me permitieran las de mi cátedra, en la que era esperado con ese rigor inflexible marcado en las fechas de la enseñanza; y en esos dias conocí y frecuenté el trato de una jóven de diez y seis años, cuyos ojos, hermoso corazón y rasgos de genio sedujeron de tal modo mis juveniles ansias que no me era posible partir. Fué mi empeño principal dilatar mi marcha, y consecuencia de este empeño, que se

apuráran los recursos de mi bolsa, y me hubiera visto en dura posición hasta recibir remesas de mis padres, si mi adorada Julia no comprendiera que, siendo ella la causa, tocaba á ella remediarla; y creedme, no hay préstamo mas dichoso, por mas que hiera nuestro amor propio, que el préstamo de una muger amada; y ella se sentía tan segura de serlo, como lo estaba del beneplácito de su padre en socorrerme. ¡Ay, amigo mio, la juventud y la nobleza del porte interesan y despiertan á su favor los mas generosos sentimientos del alma, y cuando el amor es el intérprete de dos corazones, todo se sacrifica en su ara brillante y adornada!»

«Un dia; perdonadme, me cuesta siempre algun dolor esta confesion; un dia entré por la primera vez en una casa de juego; fuí á buscar los medios de retribuir pronto el préstamo recibido; y apesar de hallarme convencido de que obraba mal, jugué y doblé cinco veces mi pequeño capital. No conozcais nunca esa embriaguez del juego. De mi sé decir que no me cegó jamás tan afortunado principio; si esta vez fuí feliz, lo debí sin duda al ángel protector de nuestros amores. Julia que me escribía todos los dias por la mañana, á pesar de hablarnos solos todos los dias por la tarde, me decía que solo á Dios se debía mi suerte, porque ella le había rogado por mi. Así vino á intervenir un sentimiento religioso en nuestro cariño que se fortalecía.»

«Era Julia el encanto de la sociedad escogida de aquella alegre poblacion. Un talento precoz, un aire distinguido en el salon, actitud modesta en la calle, calor en la palabra, espresion de ternura en los ojos, ternura que se moderaba ó crecía segun las emociones; esbeltas formas, tal vez demasiado desarrolladas en el busto; tez siempre mórbida; imaginacion exaltada; y todo esto en diez y seis años ¿quien no la amaría? No quiero entreteneros con la querida historia de aquel periodo de ventura infame y pura. Cuando estrechaba á Julia entre mis brazos; cuando sus cabellos castaños rodeaban mi frente; cuando nos repetíamos con palabras entrecortadas las protestas de amor y de fidelidad, nuestra dicha era tanta que no pensábamos en abusar de nuestra inocencia, y no me olvidaba en mis trasportes de que no podría llevarla al pié del altar hasta asegurar mi porvenir.»

«Sentía yo entonces en el amor á la muger lo mismo que sentiría hoy si amase»

cierta veneracion; el cuidado que requiere un objeto muy delicado; algo de la maternidad, porque una amante es madre del amor que engendra en nuestro pecho; aquella beatitud de la confianza que se depositan mutuamente dos seres que se quieren; aquel reposo que solo se encuentra en la fé.»

«Había que arrancarse forzosamente á tan dulce yugo, á escenas tan peligrosas, y un accidente natural dispuso que Julia partiera, dos dias despues que yo, á consolar y á cuidar á una tía enferma. Durante la primera jornada tenía que seguir la misma carretera que yo, y pernoctar en una fonda, de modo que haciendo yo parada tambien en esta y esperando dos dias, podíamos vernos toda una noche. Julia se puso de acuerdo conmigo. Sin duda que nos íbamos cansando de la virtud, tal vez por no haber llegado al colmo del amor.»

«En el corto período de esta historia descollaban todavía en las costumbres españolas no pocos hechos del ya decadente romanticismo. Estaban de moda las caras pálidas y ojerosas. Habían de mirar las mugeres á sus amantes de un modo siniestro y dando á conocer el frenesí de su amor. Sus palabras solemnes ó quejumbrosas en las cuitas, y apasionadas y febriles en los pasatiempos, tomaban un acento patético y fatídico en las relaciones contrariadas por los padres, por la posicion social ó por otros inconvenientes. La melena era de rigor en los amantes, como lo eran las trovas, y el que no componía versos los solicitaba para rendirse á su ídolo. Se hacia gala de un sentimentalismo melancólico, de ideas caballerescas, de actitudes y rasgos dramáticos. Las mugeres parodiaban á las heroínas de los dramas, los hombres á los trovadores; los maridos eran Otelos. Desde el rapto hasta el suicidio se recorría toda la escala de las extravagancias.»

«Os refiero estas singularidades para que podais apreciar el peligro de una entrevista que empezaba casi como una fuga, colocándome en una posicion fácil de ser arrastrada á un desenlace desdichado.»

«¡Que luchas, amigo mio! Mi carácter pensador midió pronto el abismo que iba á cruzar, cuyas sendas de salida, herizadas de escollos, habrían de oponerse á los progresos de mi posicion social, tan pobre entonces. Una vez en el lugar de la cita ¿cómo podría oponerme á que me siguiese Julia, colocada en la pendiente resbaladiza de la pasión? Y llevándamela ¿no la condenada á una suerte precaria, cuyo malestar se dejaría sentir in-

mediatamente? Separarnos despues de probar la miel de la felicidad, sería una acción heroica á los ojos de un dandy que se gozara en añadir una conquista mas al catálogo de las logradas. Pero yo no era un dandy. ¡Renunciar á la entrevista, disipar yo mismo de un soplo todas las imágenes de mis sueños acariciados! Acto cobarde ante el modo de sentir de la juventud arrojada é inexperta. Mas, si me quedaba, y luego seguía la separacion, y no podría legitimar en el porvenir el vínculo de un solo dia ¿no envolvía una ingratitud corresponder así á un padre que confiaba en mi hombría de bien? Y ella tan buena, tan enamorada ¿no consentía, mas bien seducida por mí, que no por voluntad de su claro juicio?»

«Esa lucha duró hasta el momento mismo de llegar al punto designado. Se mudaba el tiro de caballos del coche-diligencia en el sitio de la cita, y á medida que me acercaba á ese sitio crecía la lucha en mi cabeza.»

«Los instantes eran preciosos, eran estremecedores.»

«Para el coche, se muda el tiro, nombran los pasajeros que solo tomáran billete hasta aquel punto. Entre estos se contaba mi billete, pero yo permanecí inmóvil.»

«Vencí, falté á la cita y continué mi viaje. Veo asomar á vuestro rostro un movimiento de extrañeza. Pues bien, sabed que nunca me he arrepentido de esa resolución.»

«Es verdad que son siempre penosos los sacrificios. Un desaliento febril se apoderó de mi espíritu: cabizbajo, entontecido, avergonzado, no comprendía la alteza de mi conducta. Acaso, si dependiera de mi voluntad, el coche retrocediera. Se comprende que un José, hombre espiritual, huyese de Putifar; pero un enamorado que se detiene ante la dicha y la rehusa; un joven general que abandona la brecha abierta en una plaza cuando le hacen proposiciones de rendimiento; vamos, vamos, no podía perdonarme. Solo al llegar á mi destino volví atrás la vista del pensamiento y acallando el último amoroso suspiro del corazón me sentí satisfecho y tranquilo.»

—Sois grande, doctor, sois grande; os aseguro que yo me hubiera quedado. Falta saber si terminan ahí esas relaciones.

—Se cortaron como se cortan muchas. Oid.

«Un año despues me escribía Julia la voluntad de sus padres para que me decidiese á casarme, ó cesara de escribirla. Hubo que

determinarse; el sacrificio se presentaba mas fácil que el anterior. La contesté que no quería hacerla desgraciada, que mi posición era la misma.»

«Ninguno de los dos escribía con sinceridad esas dos últimas cartas: la ausencia tiene de cruel que mata las mas veces hasta la fé de la constancia, quizá porque nuestro ser vigoroso no quiere dejar enmohecer los resortes de su fuerza, ó porque el mundo del amor está lleno de suplentes, ó porque la vida es breve y la edad reclama sus derechos. A los diez y seis años enviudan del amor muy pocas mugeres.»

La carta de Julia y la mia significaban un acontecimiento en nuestras dos existencias. En el fondo del cielo de mi adorada, donde yo figuraba en primer término, esta imagen se fué desvaneciendo, como se disipan para reemplazarse por otros, por una gradación matemática, los cuadros disolventes, y aparecía otro amante; al paso que por esas transiciones misteriosas de la pasión, y por una rara coincidencia, una segunda Julia (pues así se llamaba también) se dibujaba en la risueña esfera de mis sueños.»

—Es posible doctor tanta volubilidad en un ánimo tan fuerte como el vuestro?

—Esperad; falta un episodio, el epílogo.

«Trascurridos cuatro años y mejorada mi posición, pasé por aquella ciudad donde tan dichosas y no contadas horas despertaron mis juveniles ansias al amor primero. Si la ausencia es cruel el regreso despierta, vivas y anhelantes, muchas de las dormidas ilusiones. ¡Ah! no podía menos de verla, y la ví. ¡Julia! ¡Pobre Julia! Tiempo feroz ¿porque desfigurar con tu raspa implacable los rostros placenteros de las bellas? ¿Qué se hizo aquella cabeza armónica cuyos perfiles seductores embelesaban al que la miraba? ¿Cómo se han recogido los graciosos párpados de aquellos rasgados ojos y se ha retirado parte de la radiante luz de sus pupilas? ¿Porqué, cerca de ella, no sentía yo palpar ya aquel seno levantado donde reposaban tan voluptuosos los contornos del amor?

«En cuatro años había pasado toda la brillante guirnalda de la primera juventud de Julia. Mi conducta la hizo fiar mucho en los hombres; puso el pié en una falsa tabla y resbaló; los encantos se desvanecieron en rapidéz. Se cansó hasta de su ingenio, y parecía haber obrado despechada y con la completa conciencia de su situación. Sentida de ese motejo imprudente que muchos padres

dirigen á sus hijas cuando no salen las cosas á su gusto; sin apoyo á que volver la vista; atraída por las lisonjas de sus apasionados; ahogado el sentimiento de su puro amor primero, se entregó á la casualidad. Había perdido aquel talento chispeante que la daba sobre las demás jóvenes una reputación de superioridad merecida; repetían los que con sinceridad la quisieron.»

«¡Pobre Julia! Á duras penas logró con el recuerdo iluminar por un momento la amortiguada luz del mío. ¡Que no hubiera dado por encontrarla como antes, inocente! Yo la amára todavía á pesar de haber perdido sus encantos.»

—Doctor, me parece que no estais exento de responsabilidad por la desdichada caída de ese angel. Si no podíais casaros en un período fijo ¿á qué alterar el reposo de un alma tan pura? ¿á que sustentar en aquel pecho una llama peligrosa?

—¿Por ventura, señor literato, es uno dueño de todas sus impresiones cuando se siente arrastrado por el iman de la pasión? ¿El juicio, no cuenta también sus fanáticos? ¿Podía prever semejante catástrofe? ¿Cuántas saben sostenerse aun despues de largos poemas de amor, y cuántas, despues de caídas, se levantan apoyadas por un hombre de bien, á quien hacen feliz y que reúne por lo menos tanto mérito como el seductor! Á Julia la perdieron su impaciencia, la confianza imprudente en su segundo amante, las luchas domésticas, de las que era siempre la víctima desde que perdió el cariño de sus padres, la violencia del carácter y la falta de un amigo generoso, de quien aconsejarse.

EL VOLCAN DE ALBAY.

Apenas nos apercibimos, engolfados en la precedente historia, que el coche de nuestros compañeros de viaje paraba al pié de la casa gobierno, especie de fortaleza por la alta muralla de su cercado, palacio por lo espacioso de sus comparticiones, casa ordinaria por su falta de belleza y su sobre-techumbre de nipa. Estábamos en Albay.

Se forma la plaza única de la población, de la casa real, un frente; del cuartel de cuadrilleros, otro frente; de la cárcel provisional, que ha de ser administración de Hacienda, tercer frente; y de la cárcel nueva, cuarto frente, que levantan los mismos presos.

—Así he visto, dijo el doctor, á los locos de mi ciudad natal, edificar su asilo; trabajo que no sirve de espacion para los delincuentes,

ni de tormento para la enagenacion mental, antes mas bien permite el desahogo del dolor pasado, y les alivia la fiebre presente, esa calentura del pensamiento, valle de lágrimas sin horizonte, círculo siempre negro donde en momentos lúcidos aparecen en letras de fuego las siguientes palabras: *No he comprendido la vida.*

¡Ay, si pudiesen llorar!

En el fondo de la plaza hay un jardin de flores de muerto alternadas con otras olorosas (1) Está cercado de un muro á ondas, formado de piedra y argamasa, todo amazacotado, enyesado de blanco y del peor gusto posible; y el centro que ocupa el monumento á Peñaranda, se parece al contorno de una tumba sin acercarse á la severidad del túmulo ni á la grandeza y sencillez del monumento.

—Se ha querido hacer una plaza monumental, prorumpió el doctor, para rendir tributo á la memoria de un hombre ilustre; pero es indudable que ha resultado la plaza de un cementerio. Los monumentos deben campar sobre alrededores floridos, alegres, de cercas enverjadas, lujosas ó elegantes. Estoy seguro de que será remplazada con el tiempo esta cerca, reformado el jardin y embellecido el pedestal. Para el tiempo en que se hizo esta plaza, constituye un esfuerzo, no del arte, sino de los recursos.

Amigo mio, añadió el doctor; Peñaranda fué gobernador de Albay cuando estos reunían grandes facultades y antes de que se centralizasen los fondos locales. Comprendió la mision de derramar bienes sobre los pueblos y de crearles permanente bienestar. Calzadas, puentes, caserío, trabajo, municipio, tributo, comercio, todo se asentó, ó se levantó, ó se constituyó, en su tiempo y por su iniciativa; y á pesar del cercano volcan, duran muchas de sus obras. Albay merece el nombre de provincia por ese gobernador, y basta decir que su gobierno aumentó el número de tributantes en mas de cincuenta mil.

Una espresion de ternura se dibujó en el rostro del doctor y exclamó: «Cuando un hombre de genio y de bondad gobierna los negocios humanos, y á este hombre no se le coarta en sus designios, la humanidad canta *hosanna* en las alturas.

¡Bendito sea el que viene en el nombre de la paz y del bienestar!

(1) Flores de muerto se llaman en Castilla vulgarmente, las amarillas, moradas y blancas, que no tienen olor.

(Se continuará.)

S. M.

ACLIMATACION, TEMPERAMENTOS É HIGIENE INTERTROPICALES.

De la aclimatacion en general.

La importancia de la aclimatacion estriba en que el hombre necesita cuanto ofrece la naturaleza para sus necesidades, caprichos, comodidad y lujo. El aire, la temperatura, las plantas, los cuadrúpedos, las aves, los peces, los reptiles, todo lo utiliza y lo pone á contribucion en provecho propio; pero como todos los productos no se los ofrece la naturaleza reunidos, sino que cada país, cada clima dá los suyos, el ingenio del hombre hace un estudio especial sobre la vida de dichos seres, así como sobre todas las cosas que ejercen en ellos alguna influencia próxima ó remota, para arrancarlos de un punto de la tierra y colocarlos en otros mas ó menos distantes y análogos, donde á fuerza de constancia y de cuidados los hace vivir y multiplicarse.

Esta conquista del hombre sobre el reino orgánico, está sujeta á reglas, hijas de la experiencia, de cuyo conocimiento y observancia pende el éxito de la empresa; porque tan inútil sería llevar nuestros cocóteros, palmas y naranjos á Groelandia, como el importar en países cálidos como este, vejetales y animales de los que solo se desarrollan y prevalecen en los climas polares.

La aclimatacion, por consiguiente, está subordinada á ciertos límites, como lo están todos los conocimientos y cuanto pende de la accion é inteligencia del hombre.

Para llevar una planta ó un animal de un punto á otro, es necesario estudiar antes el clima bajo cuya influencia vive, y el adonde se quiere importar, á fin de que tengan la mayor analogía posible; y cuando así no sea, moderar la diferencia, si es muy notable, del segundo al primero por medios artificiales.

Por clima agronómico puede definirse todo espacio de terreno cuyas capas sean iguales, bajo una atmósfera que experimente siempre las mismas variaciones; por lo cual hay climas de estos que abrazan mucha estension, y otros sumamente pequeños.

La situacion geográfica de los terrenos y su exposicion, la elevacion de estos sobre el nivel del mar, rios, fuentes, lagos, pantanos, su proximidad á bosques, poblaciones, caminos muy frecuentados, montañas y situacion de ellas, temperatura y luz, presion,

estado idrométrico, eléctrico y variaciones de la atmósfera, todo limita y determina los climas á que hacemos referencia, todo debe estudiarse y tenerse en cuenta cuando se trate de pasar de uno á otro, para que en él se perpetúe algun ser orgánico.

Entre estos los hay mas ó menos delicados, y por lo tanto que sienten en grados diversos su expatriacion.

En las zonas templadas son generalmente mas variados los climas que en la tórrida y la frígida, ya por hallarse colocadas entre estas participando de la influencia de la una y la otra, ya por las costas, estepas, cuencas, valles, montañas y cuanto dejamos dicho que los modifica y limita. Afortunadamente, en Filipinas se pueden aclimatar sin gran trabajo la mayor parte de los vegetales y animales de las zonas templadas, porque son tan multiplicados y diferentes nuestros terrenos y hasta sus condiciones atmosféricas, en cortas distancias, que permiten elegir el que reuna mejores circunstancias.

TEMPERAMENTOS Y ASIMILACIONES.

El temperamento linfático nervioso que predomina en los países cálidos se observa comunmente entre estos habitantes, revelándose por las caracteres siguientes:

Carnes flojas, músculos delgados, digestiones difíciles, nutrición y asimilación imperfectas, respiración poco dilatada, circulación capilar sin energía, baja temperatura en el cuerpo, pulso intermitente á veces, habitualmente rápido y siempre fácil de contener; sangre de color bajo, muy líquida y desprovista de plasticidad; propensión á infartos de glándulas y de vísceras abdominales, á las infiltraciones y derramamientos serosos, y por último falta de reacción del organismo. Esta debilidad radical, esta relajación de tejidos contrastan con el fuego de las pasiones, las sacudidas de actividad física y moral que revelan en los indios, igualmente que en todos los habitantes de países cálidos, la falta de equilibrio entre la sangre y el sistema nervioso.

El temperamento de los europeos transportados á este país se acerca por medio de modificaciones sucesivas al de los indígenas; pero la asimilación nunca es completa. Esta transformación del organismo, que se efectúa comunmente en las Antillas de una manera brusca, ocasionando enfermedades graves y violentas, aquí se verifica lenta y gradualmente á favor de la acción del tiempo.

El clima estimula generalmente á exaltar las fuerzas vitales, cuyos efectos se manifiestan al principio por ardores en la epidermis, irritaciones fuertes y erupciones.

La duración de estos padecimientos varía según la riqueza de la sangre y la fuerza de la constitución.

Más intensos los primeros meses, disminuyen el apetito insensiblemente durante los fuertes calores, experimentando entonces necesidad de alimentos en que dominen los escitantes; y hallándose debilitadas las funciones digestivas, el quilo que separan de los alimentos es menos nutritivo y reparador.

Por otra parte, como el aire de los países cálidos contiene en igual volumen menos cantidad de oxígeno que el de los climas fríos, la hematosis (conversión del quilo en sangre) es imperfecta; de aquí resulta la sangre serosa y descolorida, conteniendo gran cantidad de carbono. Las sustancias desechadas en los países fríos por la energía del aparato respiratorio, se eliminan principalmente en los cálidos por la piel y el hígado, entre los que se apropian la actividad que el pulmón ha perdido.

Resulta, pues, insuficiencia de hematosis y nutrición, predominando las secreciones cutáneas de los vasos de la biliar, y en fin, decaimiento de actividad de funciones entre el pulmón de un parte y el hígado por otra: tales son las principales efectos que produce el clima intertropical en los europeos.

Este trastorno del organismo despoja á la sangre de parte de sus glóbulos y fibrina, debilita el sistema locomotor, de donde resulta el estado de languidez propio de los habitantes de la zona tórrida, escitando al propio tiempo el sistema nervioso, respecto del cual dicen Trousseau y Pidoux se aumenta y sobreescita á medida que se agotan ó decrecen los materiales de asimilación, ya se les sustraiga en masa repentinamente, ó ya se vea privado de ellos lenta y paulatinamente el organismo.

De esta manera se explica la frecuencia de afecciones nerviosas, y en la parte moral, la movilidad de sentimientos y de ideas, las bruscas sucesiones de exaltación y abatimiento que se observan en los habitantes de los países cálidos. A consecuencia del empobrecimiento de la sangre, relajamiento de las funciones de hematosis y nutrición, en una palabra, por el cambio de temperamento sanguíneo en linfático y nervioso, se asimila el europeo al indio, y se *indigeniza* según la expresión de Celle; pero, volvemos á re-

petirlo, la asimilacion nunca es completa. Ciertamente que el primero presenta los caracteres de la *anemia*, y un estado de debilidad y languidez incontestable; pero de esto á la constitucion muelle del indio hay gran distancia, y es necesario reconocer que de los temperamentos, uno es mas nervioso, el otro mas linfático.

HIGIENE.

Más todavía, que en Europa, interesa en este país, por las consideraciones que quedan expuestas, el estudio de las circunstancias que nos rodean y la observancia de las reglas por las cuales, segun la experiencia, se pueden conservar la salud y conocer las causas de enfermedad.

Al aforismo higiénico de Zimmerman hay que agregar, para la residencia sana en este país, un cuarto consejo: «Cabeza fresca, vientre libre y piés calientes» decía el famoso médico suizo, son condiciones necesarias á la salud; en diciendo tambien «traspiracion continua, suave y general» se completa tan excelente precepto para Filipinas.

En efecto, se anuncian en primer lugar las enfermedades, por supresion total ó parcial de la traspiracion ó notables desarreglos en esta exhalacion cutánea.

El aire que respiran casi todos los hombres depende de condiciones estrañas á su voluntad. Apesar de esto, es bueno hacer comprender que en este país, siempre es mas sano el de habitaciones altas, las mas propias para dormitorios, y que conviene estar á barlovento de bosques, pantanos, esteros y otros focos de infeccion, siendo los lugares mas sanos los que reciben las brisas del mar.

Los vestidos deben ser holgados, debiendo elegirse para interiores, con preferencia, los de algodón ó lana fina, como mas propios á conservar la traspiracion absorbiendo su humedad.

Los cuidados del aséu deben ser continuos, siendo preferibles, ordinariamente, las fricciones y embrocaciones al baño de inmersion, del cual se abusa.

El estudio de los alimentos, es individual y de observacion. Nada mas perjudicial en este punto que las reglas generales. Cada cual que observe, sin gula, lo que *apetece*, indicacion casi siempre segura, y lo que mejor le *sienta*. Personas hay en el mejor estado de salud, despues de larga experiencia y crónicos padecimientos, siguiendo régimen alimenticio muy diverso. Las diferencias están en los temperamentos, en el género de vida, en la mas ó menos

necesidad de dar calor al estómago ó de sostener activas fuertes secreciones biliosas.

La moderacion en cantidad es cuanto se debe recomendar; advirtiendole que, segun el número de años de residencia y grados de aclimatacion, van cambiando las exigencias del organismo. Nada hay absoluto y menos aun sobre la bebida.

El agua de algibe solo recibe condiciones de potable despues de muy asoleada ó de sumerjido un hierro candente en la basija que la contiene. Las de corriente deben ser cuidadosamente coladas y reposadas antes de usarlas.

El ejercicio debe ser moderado, pero es indispensable á la salud, y la intempérie se debe evitar mas de noche que de dia. El andar al sol, sin necesidad absoluta y sin precauciones, como sombrero ó casco que permitan entrada al aire ó colocar en él ciertas yerbas ú hojas que den fresco á la cabeza y auxiliien la traspiracion, es buscar enfermedad.

Las pasiones é inclinaciones no exigen menos estudio, porque la sobrecitacion nerviosa constante pueden en estos países conducir á extremos y desórdenes perjudiciales á la salud. «Todo y moderadamente» dijo un sabio hace siglos; y en verdad que no se puede dar mejor consejo y en menos palabras, al ilustrado habitante de Filipinas, de la misma manera que todos los libros siempre dirán poco al ignorante.

E. V.

CRÓNICA.

Entrando en prensa este número antes de la llegada del correo de Europa, carecemos de noticias del exterior. En cuanto al interior, solo podemos manifestar que el mercado ha vuelto á situacion poco favorable para el abacá; que, al fin, han principiado las aguas con una fuerte colla en la planicie de que es centro Manila, esperándose de ello benéfica influencia en la salud pública, y que preocupa seriamente en estos dias á todas las personas ilustradas, la teoría deducida de coincidencias astronómicas y meteorológicas estudiadas por un ilustrado marino y publicadas con el título *ensayo sobre fechas probables de los váquios*. Por ella, estaba anunciado uno el dia 12 de este mes pasando por Cagayan, y otro para el 29 de Agosto. Confirmense ó no tales vaticínios, se apoyan en curiosa combinacion de datos, que el autor debe continuar. ¡Cuanto le deberán la ciencia, el comercio y la humanidad si llega al resultado que ha previsto y del cual hace desde luego, ocultando su nombre, un don generoso á cuantos lo pueden utilizar.!